La hora de la estrella

CLARICE LISPECTOR

ESPA MOBI

Esta novela contiene trece títulos, una muchacha nordestina llamada Macabea, un escritor desesperado de nombre Rodrigo S. M., una cartomante que fue prostituta, un médico que detesta su oficio, un novio impaciente, un gallo que inesperadamente canta en el puerto de Río de Janeiro.

Todas estas cosas estan en la novela moduladas por la escritura singular de Clarice Lispector que logra incluir el silencio y el grito.

«Escribo para liberarme de mí misma» dijo Clarice, quien irrumpió en la vida literaria brasileña en 1943 con la novela «Cerca del corazón salvaje». Después vendrán varias novelas más («La araña», «La ciudad sitiada», «La pasión según G. H.» y «Un soplo de vida», entre otras), libros de cuentos («Lazos de familia», «Felicidad clandestina», «El vía crucis del cuerpo», «La bella y la bestia»), crónicas, libros infantiles y algunos inclasificables como «Agua viva».

«La hora de la estrella» es el último libro que Clarice Lispector publicó en vida, pocos meses antes de morir el 9 de diciembre de 1977. Como su personaje Macabea, ante la inminencia de la muerte, Clarice también supo darnos —con esta novela— su más poderoso resplandor.

Clarice Lispector

La hora de la estrella

ePub r1.0

Ninguno 26.08.13

Título original: *A hora da estrela*
Clarice Lispector, 1977
Traducción: Gonzalo Aguilar
Diseño de portada: Ninguno

Editor digital: Ninguno
ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

LA HORA DE LA ESTRELLA

LA CULPA ES MÍA
O
LA HORA DE LA ESTRELLA
O
QUE ELLA SE ARREGLE
O
EL DERECHO AL GRITO

EN CUANTO AL FUTURO.
O
LAMENTO DE UN BLUE
O
ELLA NO SABE GRITAR
O
UNA SENSACIÓN DE PÉRDIDA
O
SILBIDO EN EL VIENTO OSCURO
O
YO NO PUEDO HACER NADA
O
REGISTRO DE LOS HECHOS PREVIOS
O
HISTORIA LACRIMÓGENA DE CORDEL
O
SALIDA DISCRETA POR LA PUERTA DEL FONDO

DEDICATORIA DEL AUTOR

(En verdad, Clarice Lispector)

Porque dedico esta cosa al antiguo Schumann y a su dulce Clara que hoy son huesos, ay de nosotros. Me dedico al color bermellón bien escarlata como mi sangre de hombre en la edad plena y, por lo tanto, me lo dedico a mi sangre. Me dedico sobre todo a los gnomos, enanos, sílfides y ninfas que habitan mi vida. Me dedico a la nostalgia de mi antigua pobreza, cuando todo era más sobrio y digno y todavía jamás había comido langosta. Me dedico a la tempestad de Beethoven. A la vibración de los colores neutros de Bach. A Chopin que reblandece mis huesos. A Stravinsky que me asombró y con el que volé en llamas. ¿A la *Muerte y Transfiguración* en la que Richard Strauss me revela un destino? Sobre todo me dedico a las vísperas de hoy y al hoy, al transparente velo de Debussy, a Marlos Nobre, a Prokofiev, a Cari Orff, a Schonberg, a los dodecafónicos, a los gritos que rasguñan de los electrónicos, a todos esos que tocaron en mí zonas asustadoramente inesperadas, a todos esos profetas del presente y que me vaticinaron a mí mismo al punto de yo explotar en: yo. Ese yo que son ustedes pues no aguanto ser solamente yo, necesito de los otros para mantenerme de pie, tan tonto que soy, yo enrevesado, en fin, qué es lo que hay que hacer si no meditar para caer en aquel vacío pleno que sólo se alcanza con la meditación. La meditación no necesita tener resultados, la meditación puede tener su fin sólo en sí misma. Medito sin palabras y sobre nada. Lo que me estorba la vida es escribir.

Y… y no olvidar que la estructura del átomo no es percibida aunque se sepa que existe. Sé de muchas cosas que no vi. Y ustedes también. No se puede dar una prueba de la existencia de lo que es más verdadero, la cosa es creer. Creer llorando.

Esta historia sucede en estado de emergencia y de calamidad pública. Se trata de un libro inacabado porque no tiene respuesta, respuesta que, espero, que alguien en el mundo me dará. ¿Ustedes? Es una historia en tecnicolor para tener algún lujo, por Dios, que yo también lo necesito. Amén por todos nosotros.

Todo en el mundo comenzó con un sí. Una molécula le dijo sí a otra molécula y nació la vida. Pero antes de la prehistoria estaba la prehistoria de la prehistoria y existía el nunca y existía el sí. Siempre lo hubo. No sé cómo, pero sé que el universo jamás comenzó.

Que nadie se engañe, sólo consigo la simplicidad a través de mucho trabajo.

Mientras tenga preguntas y no haya respuestas continuaré escribiendo. ¿Cómo comenzar por el principio si las cosas suceden antes de suceder? ¿Si antes de la pre-pre-prehistoria ya estaban los monstruos apocalípticos? Si esta historia no existe, pasará a existir. Pensar es un acto. Sentir es un hecho. Los dos juntos —soy yo que escribo lo que estoy escribiendo. Dios es el mundo. La verdad siempre es un contacto interior e inexplicable. Mi vida más verdadera es irreconocible, extremadamente interior y no tiene una sola palabra que pueda significarla. Mi corazón se vació de todo deseo reduciéndose al primer y último latido. El dolor de muelas que atraviesa esta historia me dio en la boca una punzada profunda. Entonces canto alto y agudo una melodía sincopada y estridente: es mi propio dolor, yo que cargo con el mundo y la felicidad escasea.

¿Felicidad? Nunca vi palabra más demente, inventada por las nordestinas que andan por ahí a montones.

Como voy a decir ahora, esta historia será el resultado de una visión gradual: hace dos años y medio que vengo de a poco descubriendo los porqués. Es la visión de la inminencia de. ¿De qué? Quién sabe si más tarde lo sabré. Como que estoy escribiendo en el momento mismo en que estoy siendo leído. Sólo no comienzo por el fin que justificaría el inicio —como la muerte parece decir sobre la vida— porque necesito registrar los hechos previos.

Escribo en este instante con cierto pudor previo por estar invadiéndolos con semejante narrativa tan exterior, tan explícita. De donde, sin embargo, hasta podrá gotear —quién sabe— sangre jadeante que de tan viva coagulará enseguida en cubos de jalea trémula. ¿Será esta historia un día mi coágulo? Qué sé yo. Si posee veracidad —y está claro que la historia es verdadera aunque inventada— que cada uno la reconozca en sí mismo porque todos nosotros somos uno y quien no tiene pobreza de dinero tiene pobreza de espíritu o de nostalgias porque le faltan cosas más preciadas que el oro; y existe quien le falta lo delicado esencial.

¿Cómo es que yo sé todo lo que seguirá y que todavía desconozco, ya que nunca lo viví? Es que en una calle de Río de Janeiro, atrapé al vuelo el sentimiento de perdición en el rostro de una muchacha nordestina. Sin decir que de niño yo me crié en el Nordeste. También sé de las cosas por estar viviendo. Quien vive sabe, aún sin saber que sabe. Así es que ustedes saben más de lo que imaginan aunque finjan que son sonsos.

Me propongo que lo que escriba no sea complejo, aunque me vea obligado a usar las palabras que ustedes sustentan. La historia —determino con falso libre

arbitrio— tendrá unos siete personajes y yo soy uno de los más importantes de ellos, claro. Yo, Rodrigo S. M. Relato antiguo, éste, pues no quiero ser modernoso e inventar modismos para parecer original. Por todo esto experimentaré contra mis hábitos una historia con comienzo, medio y «gran finale» seguido de silencio y lluvia que cae.

Historia exterior y explícita, sí, pero que contiene secretos, empezando por uno de los títulos, «En cuanto al futuro», que está precedido por un punto final y seguido por otro punto final. No se trata un de capricho: al final tal vez se entienda la necesidad de lo delimitado. (Dificultosamente vislumbro el final que, si mi pobreza lo permite, quiero que sea grandioso). Si en vez de punto estuviese seguido por puntos suspensivos, el título quedaría abierto a las posibilidades de la imaginación de ustedes, probablemente malsanas y hasta sin piedad. Bien, es que tampoco yo tengo piedad de mi personaje principal, la nordestina: es un relato que deseo frío. Pero yo tengo el derecho de ser dolorosamente frío y ustedes no. Por todo esto es que les doy la oportunidad. No se trata apenas de narrativa, es antes que nada la vida primaria que respira, respira; respira. Material poroso, algún día viviré aquí la vida de una molécula con su estruendo posible de átomos. Lo que yo escribo es más que invención, es mi obligación contar sobre esa muchacha, entre miles de ellas. Y deber mío, aunque sea con poco arte, el de revelarle la vida.

Porque existe el derecho al grito. Entonces grito.

Grito puro, sin pedir limosna. Sé que hay muchachas que venden el cuerpo, única posesión real, a cambio de una buena cena en vez de un sándwich de mortadela. Pero la persona de la que hablaré ni siquiera tiene un cuerpo para vender, nadie la quiere, es virgen e inocua y a nadie le hace falta. Además —descubro ahora— yo tampoco hago la menor falta y hasta lo que escribo podría escribirlo cualquier otro. Otro escritor, sí, pero tendría que ser hombre porque una escritora mujer puede lagrimear sentimentalidades.

Como la nordestina, hay miles de chicas desparramadas por conventillos, en cuartos con cama, trabajando atrás de los mostradores hasta la estafa. No advierten ni siquiera que son fácilmente sustituibles y que tanto podrían existir como no. Pocas se quejan y, que yo sepa, ninguna protesta porque no saben a quién. ¿Pero ese quien existe?

Estoy en el precalentamiento del cuerpo antes de comenzar, refregándome las manos para adquirir coraje.

Ahora me acordé de que hubo un tiempo en que, para calentar el espíritu, rezaba: el movimiento es espíritu. El rezo era un medio de llegar hasta mí mismo calladamente y a escondidas de todos. Cuando rezaba conseguía un hueco en el alma —y ese hueco es lo único que yo puedo tener. Más que esto, nada. Pero el vacío tiene el valor y la semejanza de lo pleno. Un medio de obtener es no buscar, un medio de tener es no pedir y solamente creer que el silencio que yo creo en mí es

una respuesta a mi… a mi misterio.

Pretendo, como ya insinué, escribir de modo cada vez más simple. Además el material del que dispongo es parco y demasiado sencillo, las informaciones sobre los personajes son pocas y no muy reveladoras, informaciones estas que penosamente llegan desde mí para mí mismo. Es un trabajo de carpintería.

Sí, pero no olvidar que para escribir no-importa-qué mi material básico es la palabra. Así es que esta historia estará hecha de palabras que se agrupan en frases de las que se volatiliza un sentido secreto que sobrepasa palabras y frases. Está claro que, como todo escritor, estoy tentado a usar términos suculentos: conozco adjetivos esplendorosos, carnosos sustantivos y verbos tan elegantes que atraviesan agudos el aire en busca de acción, ya que la palabra es acción, ¿o no están de acuerdo? Pero no voy a adornar la palabra porque si llego a tocar en el pan de la muchacha, el pan se convertirá en oro y la joven (ella tiene diecinueve años) y la joven no podría morderlo y moriría de hambre. Tengo entonces que hablar de un modo sencillo para captar su delicada y vaga existencia. Me limito humildemente —aunque sin hacer ostentación de mi humildad que ya no sería humildad—, me limito a contar las pobres aventuras de una chica en una ciudad toda hecha contra ella. Ella, que debería haberse quedado en el sertón de Alagoas con vestido de algodón y sin ninguna dactilografía, porque escribía muy mal y sólo había hecho hasta tercer grado. Por ser tan ignorante estaba obligada, en dactilografía, a copiar lentamente letra por letra —fue la tía quien le dio un curso disperso de cómo teclear a máquina. La muchacha entonces adquirió el título: era, finalmente, dactilógrafa. Aunque, al parecer, no aprobase el uso en el lenguaje de dos consonantes juntas y copiaba de la letra linda y redonda del amado jefe la palabra «designar» de modo como en la lengua hablada se diría: «desiguinar».

Discúlpenme, pero voy a seguir hablando de mí, que soy mi desconocido y al escribir me sorprendo un poco más porque descubrí que tengo un destino.

¿Quién no se preguntó alguna vez: soy un monstruo o esto es ser una persona?

Quiero antes dar fe de que esa muchacha no se conoce sino a través de ir viviendo sin rumbo. Si cometiese la tontería de preguntarse «¿quién soy yo?» caería extendida y de lleno en el suelo. Es que «¿quién soy yo?» provoca necesidad. ¿Y cómo satisfacer la necesidad? Quien se indaga está incompleto.

La persona de la que voy a hablar es tan tonta que a veces les sonríe a los demás en la calle. Nadie responde a su sonrisa porque ni siquiera la miran. Volviendo a mí: lo que escribiré no puede ser absorbido por mentes que exijan demasiado y que estén ávidas de refinamientos. Pues lo que iré diciendo estará casi desnudo. Aunque tenga como telón de fondo —y ahora mismo— la penumbra atormentada que siempre hay en mis sueños cuando de noche, atormentado, duermo. Que no esperen, entonces, estrellas en lo que sigue: no habrá centelleos sino la materia opaca y, por su propia naturaleza, despreciable por todos. Es que a

esta historia le falta la melodía cantábile. Por momentos su ritmo está descompasado. Y hay hechos. Me apasioné súbitamente por los hechos sin literatura: los hechos son piedras duras y actuar me está interesando más que pensar, de los hechos no hay cómo huir.

Me pregunto si debería caminar por delante del paso del tiempo y esbozar inmediatamente un final. Sucede sin embargo que ni yo mismo sé todavía con certeza cómo terminará esto. Y también porque entiendo que debo caminar paso a paso, de acuerdo con un plazo determinado por el paso de las horas: hasta los animales deben lidiar con el tiempo. Y ésta es también mi primerísima condición: la de avanzar paulatinamente a pesar de la impaciencia que tengo en relación a esa muchacha.

Con esta historia yo me voy a sensibilizar, y sé muy bien que cada día es un día robado a la muerte. Yo no soy un intelectual, escribo con el cuerpo. Y lo que escribo es una niebla húmeda. Las palabras son sonidos transfundidos de sombras que se entrecruzan desiguales, estalactitas, encajes, música transfigurada de órgano. Apenas me atrevo a proferir palabras a esa red vibrante y rica, mórbida y oscura teniendo como contratono el bajo grueso del dolor. Alegro con brío. Trataré de extraer oro del carbón. Sé que me estoy adelantando a la historia y que hago jueguito de pelota sin pelota. ¿El hecho es un acto? Juro que este libro está hecho sin palabras. Es una fotografía muda. Este libro es un silencio. Este libro es una pregunta.

De todos modos, sospecho que toda esta conversación está hecha solamente para aplazar la pobreza de la historia, pues estoy con miedo. Antes de que apareciera en mi vida esa dactilógrafa, yo era un hombre incluso un poco feliz, a pesar del escaso éxito de mi literatura. Las cosas de alguna manera estaban tan bien que podían ponerse feas porque lo que madura por completo puede pudrirse.

Transgredir, sin embargo, mis propios límites de repente me fascinó. Y fue entonces que pensé en escribir sobre la realidad, ya que ésta me supera. Cualquier cosa que signifique decir «realidad». ¿Lo que narraré será meloso? Tengo esa tendencia pero ahora mismo seco y endurezco todo. Por lo menos lo que escribo no le pide favores a nadie y no implora socorro: se la aguanta en su denominado dolor con una dignidad de barón.

Así es. Parece que estoy cambiando mi manera de escribir. Lo que pasa es que sólo escribo lo que quiero, no soy un profesional y necesito hablar de esa nordestina si no me ahogo. Ella me acusa y el modo de defenderme es escribir sobre ella. Escribo con los trazos vivos y ríspidos de la pintura. Estaré lidiando con los hechos como si fuesen las irremediables piedras de las que ya hablé. No obstante quiera que para animarme la campanas golpeen sus badajos mientras yo adivino la realidad. Y que los ángeles revoloteen como avispas transparentes en torno de mi cabeza ardiente porque ésta quiere finalmente —es lo más fácil—

transformarse en objeto-cosa.

¿Será verdad que la acción va más allá que la palabra?

Pero que al escribir, el nombre real sea dado a las cosas. Cada cosa es una palabra. Y cuando no la tiene, se la inventa. Fue el Dios de ustedes el que nos dio la orden de inventar.

¿Por qué escribo? Antes que nada porque capté el espíritu de la lengua y así a veces la forma hace al contenido. Escribo por lo tanto no a causa de la nordestina sino por un motivo grave de «fuerza mayor», como se dice en los requerimientos oficiales, por «fuerza de ley».

Sí, mi fuerza está en la soledad. No tengo miedo ni de lluvias tempestuosas ni de grandes vendavales desatados, pues yo también soy la oscuridad de la noche.

Aunque no aguante oír ni silbidos ni pasos en la oscuridad. ¿Oscuridad? Me acuerdo de una novia que tuve: era una muchacha-mujer y con qué oscuridad dentro del cuerpo. Nunca la olvidé: jamás se olvida a una persona con la que se durmió. El acontecimiento queda tatuado, marcado a fuego en carne viva y todos los que perciben el estigma huyen con horror.

Quiero en este instante hablar de la nordestina. Se trata de lo siguiente: ella es como una cachorra vagabunda teleguiada exclusivamente por sí misma. Pues se había reducido a sí. También yo, de fracaso en fracaso, me reduje a mí, pero por lo menos quiero encontrar al mundo y su Dios.

Quiero agregar, a modo de información sobre la joven y sobre mí, que vivimos exclusivamente en el presente pues siempre y eternamente es el día de hoy —y el día de mañana será un hoy, la eternidad es el estado de las cosas en este momento.

Al poner estas palabras sobre la nordestina me puse receloso. Por eso la pregunta es: ¿cómo escribo? Verifico que escribo de oído así como aprendí inglés y francés de oído. ¿Mis antecedentes en la escritura? Soy un hombre que tiene más dinero que los que pasan hambre, lo que me convierte de algún modo en alguien deshonesto. Yo sólo miento en la hora exacta de la mentira. Pero cuando escribo no miento. ¿Qué más? Sí, no tengo clase social, marginal que soy. La clase alta me tiene como un monstruo raro, la clase media desconfía de que yo pueda desequilibrarla, la clase baja nunca viene a mí.

No, no es fácil escribir. Es duro como romper rocas. Aunque vuelan, como aceros espejados, chispas y astillas.

Ah qué miedo de empezar y todavía no saber ni siquiera el nombre de la muchacha. Sin hablar de que la historia me desespera por ser demasiado simple.

Lo que me propongo contar parece fácil y al alcance de todos. Pero su elaboración es muy difícil pues tengo que volver nítido lo que está casi borrado y que apenas puedo ver. Con unas manos de embarrados dedos duros palpar lo invisible en el barro mismo.

Sin embargo, de una cosa estoy seguro: esta narrativa se enredará con una cosa delicada: la creación de una persona completa que ciertamente está tan viva como yo. Cuiden de ella porque mi poder consiste sólo en mostrarla para que ustedes la reconozcan en la calle, andando levemente a causa de su flacura revoloteante. ¿Y si mi narración fuese triste? Después ciertamente escribiré algo alegre, aunque ¿alegre por qué? Porque yo también soy un hombre de hosannas y un día, quién sabe, cantaré loas en vez de las dificultades de la nordestina.

Mientras, quiero andar desnudo o en harapos y quiero experimentar por lo menos una vez la falta de gusto que dicen que tiene la hostia. Comer la hostia será sentir lo insulso del mundo y bañarse en el no. En eso consistirá mi coraje, abandonar sentimientos antiguos que ya fueron confortables.

Ahora no es confortable: para hablar de la muchacha tengo que dejar de afeitarme durante días y adquirir ojeras oscuras por dormir poco, cabecear de puro agotamiento. Soy un trabajador manual, además de vestirme con ropas viejas y rasgadas. Todo esto para ponerme al nivel de la nordestina. Sé, de todos modos, que tal vez tendría que presentarme de un modo más convincente a las sociedades que se quejan de quien en este instante se encuentra escribiendo a máquina.

Todo esto, sí, la historia es historia. Pero sabiendo antes, para no olvidarlo nunca, que la palabra es fruto de la palabra. La palabra tiene que parecerse a la palabra. Tomarla es el primer deber para conmigo. Y la palabra no puede ser ornamentada y artísticamente vana, tiene que ser sólo ella misma. Pues bien, es verdad que también quería alcanzar una sensación delicada y que esa delicadeza no se acabase en un final de frase perpetuo. Al mismo tiempo que también quiero alcanzar el trombón más voluminoso y bajo, grave y terrenal, tan a cambio de nada que por nerviosismo de escribir yo tuviese un acceso incontrolable de la risa que surge del pecho. Y quiero aceptar mi libertad sin pensar lo que muchos creen: que existir es cosa de locos, caso de locura. Porque lo parece. Existir no es lógico.

La acción de esta historia tendrá como resultado mi transfiguración en otro y finalmente mi materialización en objeto. Sí, tal vez alcance la flauta dulce en la que me enredaré en suave liana.

Pero volvamos al día de hoy. Porque, como se sabe, hoy es hoy. No me están entendiendo y escucho tenebroso que se ríen de mí con risas rápidas y ríspidas de viejos. Escucho también pasos cadenciosos en la calle. Tengo escalofríos de miedo. Aunque lo que voy a escribir, seguramente, ya debe estar de algún modo escrito en mí. Lo que tengo que hacer es copiarme con una delicadeza de mariposa blanca. La idea de la mariposa blanca viene de que, si la muchacha se casara, se casaría delgada y leve, y, por ser virgen, de blanco. ¿O no se casará? El hecho es que tengo en mis manos un destino y sin embargo no me siento con el poder de inventar libremente: sigo una oculta línea fatal. Estoy obligado a buscar una verdad que me supera. ¿Por qué escribir sobre una joven que no tiene ni siquiera una pobreza

ornamentada? Tal vez porque en ella haya un recogimiento y también porque en la pobreza de cuerpo y espíritu yo toco la santidad, yo que quiero sentir el soplo de mi más allá. Para ser más que yo, pues soy tan poco.

Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo: estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo porque soy un desesperado y estoy cansado, no aguanto más la rutina de serme y si no fuese la sempiterna novedad de escribir, me moriría simbólicamente todos los días. Pero estoy preparado para salir discretamente por la puerta del fondo. Experimenté casi todo, incluso la pasión y su desesperación. Yo ahora sólo querría tener lo que hubiese sido y no fui.

Parece que conozco los menores detalles de esta nordestina, pues vivo con ella. Y como adiviné muchas cosas sobre ella se me pegó en la piel como miel pegajosa o barro negro. Cuando yo era niño leí el cuento de un viejo que estaba con miedo de atravesar un río. Y fue al aparecer un hombre joven que también quería pasar a la otra orilla que el viejo aprovechó y le dijo:

—¿Me podés llevar también? ¿Puedo ir montado en tus hombros? El joven asintió y superada la travesía le avisó:

—Llegamos, ahora podés bajar.

Pero ahí el viejo respondió muy astuto y haciéndose el tonto:

—¡Ah no, eso no! ¡Es tan bueno estar aquí montado como estoy ahora que nunca más pienso bajar!

Pues bien: la dactilógrafa no quiere bajar de mis hombros. Justo yo que constato que la pobreza es fea y promiscua. Por eso no sé si mi historia va a ser… ¿a ser qué? No sé nada, todavía no me animé a escribirla. ¿Tendrá acontecimientos? Sí. ¿Pero cuáles? Tampoco lo sé. No estoy intentando crear en ustedes una expectativa acongojada y voraz: es que realmente no sé lo que me espera, tengo un personaje en ebullición entre las manos y que se me escapa a cada instante deseando que yo lo recupere.

Me olvidé de decir que todo lo que estoy ahora escribiendo está acompañado por el redoblar enfático de un tambor tocado por un soldado. En el instante mismo en el que yo comience la historia, el tambor cesará súbitamente.

Veo a la nordestina mirándose al espejo y —redoblar de tambor— en el espejo aparece mi rostro cansado y barbudo. A tal punto nosotros nos intercambiamos. No hay duda de que ella es una persona física. Y adelanto un hecho: se trata de una muchacha que nunca se miró desnuda porque tenía vergüenza. ¿Vergüenza por pudor o por ser fea? Me pregunto también como voy a caer con todo el cuerpo en hechos y hechos. Es que de repente lo figurativo me fascinó: creo la acción humana y me estremezco. También quiero lo figurativo así como un pintor que sólo pintase colores abstractos quisiese mostrar que lo hacía por gusto y no por no saber dibujar. Para dibujar a la muchacha tengo que domarme y para poder captar su alma

tengo que alimentarme frugalmente de frutas y beber vino blanco helado pues hace calor en este cuartucho en el que me encerré y desde el cual tengo la veleidad de querer ver el mundo. También tuve que abstenerme del sexo y del fútbol. Sin hablar de que no entro en contacto con nadie. ¿Volveré algún día a mi vida anterior? Lo dudo mucho. Veo ahora que me olvidé de decir que por ahora no leo nada para no contaminar con lujos la simplicidad de mi lenguaje. Pues como dije la palabra se tiene que parecer con la palabra, mi instrumento. ¿O no soy un escritor? En verdad sería más bien un actor, porque sólo con el modo de puntuar hago malabarismos de entonación y obligo a que la respiración ajena me acompañe en el texto.

También me olvidé de decir que el registro que en breve debe comenzar —pues ya no aguanto la presión de los hechos—, el registro que en breve debe comenzar está escrito bajo el auspicio de la gaseosa más popular del mundo y que no por eso me paga dinero, gaseosa desparramada por todos los países del mundo. Además fue esta bebida la que patrocinó el último terremoto en Guatemala. A pesar de tener gusto a olor de esmalte de uñas, de jabón Aristolino y de plástico masticado. Todo esto no impide que todos lo amen con servilismo y deferencia. También porque —y lo que voy a decir ahora es una cosa difícil que sólo yo entiendo— porque esa bebida que tiene coca es hoy. Ella es un medio para que las personas se actualicen y se ubiquen en la hora presente.

En cuanto a la muchacha, ella vive en un limbo impersonal, sin alcanzar lo peor ni lo mejor. Ella solamente vive, aspirando y espirando, aspirando y espirando. En verdad, ¿para qué más? Su vivir es trivial. Sí. ¿Pero por qué siento culpa? Busco aliviarme del peso de no haber hecho nada en concreto a favor de la joven. Joven —y veo que ya estoy casi en la historia—, joven que dormía con una enagua de mezclilla con manchas bastante sospechosas de sangre pálida. Para dormirse, en las heladas noches de invierno se enroscaba en sí misma, recibiéndose y dándose su propio y parco calor. Dormía con la boca abierta porque tenía la nariz tapada, dormía exhausta, dormía hasta nunca.

Debo agregar algo que importa mucho para la comprensión de la narrativa: ésta es acompañada del principio a fin por un levísimo y constante dolor de muelas, efecto de una dentina expuesta. Aseguro también que la historia será igualmente acompañada por el violín plañidero tocado por un hombre muy flaco que está en la esquina. Tiene la cara estrecha y amarilla como si ya hubiese muerto. Y tal vez esté muerto.

Todo esto lo dije con tantas digresiones por miedo de haber prometido demasiado y dar apenas lo simple y lo poco. Pues esta historia es casi nada. El modo de comenzar de repente así como si me arrojara de repente en las aguas gélidas del mar, enfrentando con coraje suicida el frío intenso. Voy ahora a comenzar por el medio diciendo que ella era incompetente. Incompetente para la vida. Le faltaba la maña para darse maña. Sólo vagamente tenía conocimiento de la

especie de ausencia que tenía de sí en si misma. Si fuese una criatura que se expresase diría: el mundo está fuera de mí, yo estoy fuera de mí. (Va a ser difícil escribir esta historia. A pesar de no tener nada que ver con la muchacha, tendré que escribirme todo a través de ella por entre mis asombros. Los hechos son sonoros pero entre los hechos hay un susurro. Es el susurro lo que me impresiona).

Le faltaba la maña para darse maña. Tanto que (explosión) no argumentó nada a su favor cuando el jefe de la firma de representantes de roldanas le avisó con brutalidad (brutalidad que ella parecía provocar con su cara de tonta, en un rostro que pedía un cachetazo), con brutalidad le dijo que sólo Gloria, su colega, mantendría el empleo porque en lo que se refiere a ella se equivocaba mucho en la dactilografía, además de ensuciar invariablemente el papel. Esto fue lo que dijo. En cuanto a la muchacha, entendió que por respeto debía responder alguna cosa y habló entonces ceremoniosa a su jefe al que amaba secretamente:

—Discúlpeme la molestia.

El Señor Raimundo Silveira —que a esta altura ya le había dado la espalda— se volvió un poco sorprendido con la inesperada delicadeza y algo en la cara casi sonriente de la dactilógrafa le hizo decir con menos grosería en la voz, aunque a su pesar:

—Bien, la despedida puede no ser ahora y capaz hasta que se demora un poco.

Después de recibir el aviso de despido se fue al baño para estar sola porque se encontraba aturdida. Se miró maquinalmente al espejo opaco y oscurecido por encima del lavabo inmundo y descascarado, lleno de cabellos, lo que tan bien combinaba con su vida. Le pareció que el espejo no reflejaba ninguna imagen.

¿Había desaparecido por si acaso su existencia física? Enseguida pasó esa ilusión y observó la cara toda deformada por ese espejo ordinario, la nariz vuelta enorme como la de un payaso con nariz de cartón. Se miró y pensó al pasar: tan joven y ya oxidada.

(Están los que tienen. Y están los que no tienen. Es muy simple: la muchacha no tenía. ¿Qué no tenía? Apenas eso mismo: no tenía. Si se entiende, bien. Si no, también está bien. ¿Pero por qué me ocupo de esta muchacha cuando lo que más deseo es trigo puramente maduro y oro del estío?).

Cuando era pequeña, para castigarla, su tía quiso darle miedo diciéndole que el hombre-vampiro —aquél que chupa la sangre de la persona mordiéndole las blanduras de la garganta— no tenía reflejo en el espejo. Hasta no estaría nada mal ser un vampiro, porque le vendría bien un poco de rosado de la sangre en lo amarillento del rostro, ella que parecía no tener sangre a menos que viniese un día a derramarla.

La joven tenía hombros curvos como los de una zurcidora. De pequeña había aprendido a zurcir. Ella se hubiese realizado mucho más si se hubiera dado a la delicada labor de restaurar hilos, quién sabe si de seda. O de lujo: satén bien

brillante, beso de almas. Zurcidorita mosquito. Cargar en las espaldas de hormiga un grano de azúcar. Ella era levemente como una idiota, sólo que no lo era. No sabía que era infeliz porque tenía fe. ¿En qué? En ustedes, aunque no es necesario creer en alguien o en alguna cosa. Con creer es suficiente. Esto le daba a veces un estado de gracia. Nunca había perdido la fe.

(Ella me incomoda tanto que me quedé vacío. Estoy vacío de esta muchacha. Y ella más me incomoda en cuanto menos me exige. Estoy con rabia. Una cólera de derrumbar vasos y platos y romper vidrios. ¿Cómo vengarme? O mejor, ¿cómo resarcirme? Ya sé: amando a mi perro que tiene más comida que la nordestina. ¿Por qué ella no reacciona? ¿No tiene un poco de nervios? No, ella es dulce y obediente).

Vio entonces dos ojos enormes, redondos, saltones e interrogativos. Tenía una mirada como de quien tiene un ala herida y tal vez tenía disturbios en la tiroides. Ojos que preguntaban. ¿A quién interrogaba ella? ¿A Dios? Ella no pensaba en Dios, Dios no pensaba en ella. Dios es de quien consiga alcanzarlo. En la distracción aparece Dios. No hacía preguntas. Adivinaba que no hay respuestas.

¿Era tan tonta como para preguntar? ¿Y de recibir un «no» en la cara? Tal vez la pregunta vacía fuese apenas para que un día no viniera alguien a decir que ella ni siquiera había preguntado. Como no había quien le respondiese ella misma parecía haberse respondido: es así porque es así. ¿Existe en el mundo otra respuesta? Si alguien sabe de una mejor, que se presente y la diga, hace años que estoy esperando.

Mientras eso sucede las nubes son blancas y el cielo es todo azul. Para qué tanto Dios. Por qué no un poco para los hombres.

Ella había nacido con malos antecedentes y ahora parecía una hija de un no-sé-qué con aire de disculparse por ocupar espacio. En el espejo examinó de cerca, distraídamente, las manchas en su rostro. En Alagoas se llamaban «panos» y decían que venían del hígado. Disimulaba los panos con gruesas carnadas de polvo blanco y si quedaba medio blanqueada era mejor que el color parduzco. Toda ella era un poco mugrienta pues raramente se lavaba. De día usaba falda y blusa, de noche dormía con enagua. Una compañera de cuarto no sabía cómo avisarle que tenía olor a mugriento. Y como no sabía, por eso mismo se calló, pues tenía miedo de ofenderla. Nada en ella era iridiscente, aunque la piel del rostro entre las manchas tuviese un leve brillo de ópalo. Pero no importaba. Nadie la miraba en la calle, ella era café frío.

Y así pasaba el tiempo para esta muchacha. Se sonaba la nariz en el dobladillo de la enagua. No tenía aquella cosa delicada que se llama encanto. Sólo yo la veo encantadora. Sólo yo, su autor, la amo. Sufro por ella. Y sólo yo es que puedo decirle así: «¿qué es lo que me pedís llorando que yo no pueda darte cantando»? Esta muchacha no sabía que ella era lo que era, así como un cachorro no sabe que es cachorro. Por eso no se sentía infeliz. La única cosa que quería era vivir. No sabía para qué, no se lo preguntaba. Quién sabe, parecía creer que había una

pequeña gloria en vivir. Ella pensaba que las personas están obligadas a ser felices. Entonces lo era. Antes de nacer ¿ella era una idea?

¿Antes de nacer ella estaba muerta? ¿Y después de nacer ella se iba a morir? Pero qué fina tajada de sandía.

Hay pocos hechos para narrar y yo mismo no sé todavía qué es lo que estoy denunciando.

Ahora (explosión) en rapidísimos trazos dibujaré la vida previa de la muchacha hasta el momento del espejo en el baño.

Había nacido totalmente raquítica, herencia del sertón, los malos antecedentes de los que hablé. Con dos años de edad se le habían muerto los padres de fiebres malignas en el sertón de Alagoas, allí donde el diablo había perdido las botas. Mucho después se fue a Maceió con la tía beata, la única parienta que tenía en el mundo. Alguna que otra vez recordaba cosas olvidadas. Por ejemplo, la tía dándole coscorrones sobre la cabeza porque la mollera de una cabeza debía ser, imaginaba la tía, un punto vital. Le daba siempre con los nudillos de los dedos en la cabeza de huesos débiles por falta de calcio. Le golpeaba pero no era solamente porque al golpear gozaba de un gran placer sensual —la tía, que no se había casado por repulsión— es que también consideraba su deber evitar que la niña llegase a ser un día una de esas que se paseaban por las calles de Maceió con el cigarrillo encendido y esperando a un hombre. Aunque la niña no hubiese dado muestras de que fuese a convertirse, en el futuro, en una vagabunda de calle. Pues hasta el mismo hecho de hacerse mujer no Parecía pertenecer a su vocación. La femineidad sólo le nacería tarde porque hasta en la hierba nómade hay deseo de sol. Ella olvidaba los golpes: sólo había que esperar un poco y el dolor pasa. Pero lo que más le dolía era ser privada del postre de todos los días: dulce de guayaba con queso, la única pasión en su vida. ¿Pues no fue ese castigo el de su astuta tía? La niña no preguntaba por qué era siempre castigada aunque no siempre es necesario saberlo todo y el no saber era parte importante de su vida.

Este no saber puede parecer malo pero no lo es tanto porque ella sabía muchas cosas, así como nadie le enseña a abanicar la cola a un perro ni a una persona a sentir hambre; se nace y de inmediato pasa a saberse. Así como nadie le enseñaría un día a morir: seguramente un día moriría como si antes se hubiese estudiado de memoria la representación del papel de una estrella. Pues en la hora de la muerte las personas se vuelven brillantes estrellas de cine, es el instante de gloria de cada uno y es como cuando en el canto coral se oyen agudos sibilantes.

Cuando era pequeña había tenido el deseo intenso de criar un animal. Pero la tía creía que tener un animal era una boca más para alimentar. Entonces ella inventó que sólo le correspondía criar pulgas, ya que no merecía el amor de un perro. Del contacto con la tía se había quedado cabizbaja. Pero lo beato de su tía no se le había contagiado: muerta la tía, ella nunca más fue a una iglesia porque no sentía nada y

las divinidades le eran extrañas.

Así es la vida: se aprieta un botón y la vida se enciende. Sólo que ella no sabía cuál era el botón que había que apretar. Ni se daba cuenta de que vivía en una sociedad técnica donde ella era un tornillo del que se podía prescindir. Pero descubrió, inquieta, una cosa: que ya no sabía lo que era haber tenido padre y madre, había olvidado ese sabor. Y, si lo pensaba mejor, parecía ser que ella había brotado de la tierra del sertón en un hongo rápidamente cubierto de moho. Ella hablaba, sí, pero era extremadamente callada. A veces consigo extraer una palabra de ella aunque ella se me escapa entre los dedos.

A pesar de la muerte de la tía, tenía la certeza de que con ella iba a ser diferente porque ella nunca se moriría. (Mi pasión es ser el otro. En este caso, la otra. Me estremezco tan enclenque como ella).

Lo definible me está cansando un poco. Prefiero la verdad que hay en el presagio. Cuando me libere de esta historia, volveré al dominio más irresponsable de no tener más que leves presagios. Yo no inventé a esa muchacha. Ella forzó dentro de mí su existencia. Ella no era ni de lejos una débil mental, estaba sin rumbo y era creyente como una idiota. Por lo menos no mendigaba comida porque hay toda una subclase de gente más perdida y hambrienta. Sólo yo la amo.

Después —no se sabe por qué— habían venido para Río, el increíble Río de Janeiro. La tía le había conseguido un empleo, pero después se murió y ella, ahora sola, vivía en una pensión de cuarto compartido con otras jóvenes, empleadas de las Tiendas Americanas.

El cuarto estaba en un viejo caserón colonial de la áspera calle del Acre, entre las prostitutas que servían a los marineros, depósitos de carbón y de bolsas de cemento, no lejos de los muelles del puerto. El muelle inmundo le traía nostalgias del futuro (¿Qué es lo que está pasando? Parece que escuchara acordes de un piano alegre. ¿Será el símbolo de que la vida de la muchacha tendrá un futuro esplendoroso? Estoy contento con esa posibilidad y haré todo lo posible para que ésta se haga realidad).

Calle del Acre. Pero qué lugar. Las gordas ratas de la calle del Acre. Por allá yo no piso pues tengo terror, lo digo sin vergüenza, de esos pardos pedazos de vida inmunda.

Una que otra vez tuvo la suerte de oír de madrugada a un gallo que le cantaba a la vida y ella recordó nostálgica el sertón. ¿Dónde podría haber un gallo cacareando en aquellos parajes resecos de artículos embalados para exportación e importación? (Si el lector posee algún dinero y una vida bien acomodada, saldrá de sí para ver a veces cómo es el otro. Si es pobre, no me estará leyendo porque leer es superfluo para quien tiene un ligero hambre permanente. Yo hago aquí el papel para ustedes de una válvula de escape de la vida aniquiladora de la burguesía de clase media. Sé que da miedo salir de uno mismo, pero todo lo que es nuevo asusta.

Aunque la muchacha anónima de la historia sea tan antigua que podría ser una figura bíblica. Ella era subterránea y nunca había florecido. Miento: ella era hierba.

De los veranos sofocantes de la irrespirable calle del Acre ella sólo sentía el sudor, un sudor que olía mal. Este sudor me parece que tiene mal origen. No sé si tenía tuberculosis, creo que no. En la oscuridad de la noche un hombre silbando y de pasos pesados, el aullido de un perro vagabundo abandonado. Mientras, las constelaciones silenciosas y el espacio que es tiempo, que nada tiene que ver ni con ella ni con nosotros. Pues así pasaban los días. El canto del gallo en la aurora sanguinolenta le daba un sentido fresco a su vida marchita. Había de madrugada un pajarerío bullicioso en la calle del Acre: es que la vida brotaba del suelo, alegre por entre las piedras.

Calle del Acre para vivir, calle del Lavradio para trabajar, muelles del puerto para ir a curiosear los domingos, uno que otro prolongado silbato de un navío carguero que no se sabe por qué ahogaba al corazón y uno que otro delicioso, aunque también doliera un poco, canto de un gallo. Era desde nunca que venía el canto del gallo. Venía del infinito hasta su cama, llenándola de gratitud. Sueño superficial porque hace casi un año que estaba resfriada. Tenía ataques de tos seca por la madrugada: los ahogaba con su almohada minúscula. Pero las compañeras del cuarto —María da Penha, María Aparecida, María José y María a secas— no se incomodaban. Estaban demasiado cansadas por el trabajo que no por ser anónimo era menos arduo. Una vendía polvo de arroz Coty, ay, qué cosa. Ellas se daban vuelta y volvían a dormirse. La tos de la otra hasta las arrullaba en un sueño más profundo. ¿El cielo es hacia abajo o hacia arriba?, pensaba la nordestina. Acostada, no lo sabía. A veces antes de dormir sentía hambre y quedaba medio alucinada pensando en carne de vaca. El remedio entonces era masticar papel bien masticadito y tragarlo.

Sí. Me acostumbro pero no me amanso. ¡Por Dios! Me doy mejor con los animales que con la gente. Cuando veo a mi caballo libre y suelto en el prado, me dan ganas de recostar mi rostro en su vigoroso y aterciopelado pescuezo y contarle mi vida. Y cuando acaricio la cabeza de mi perro, sé que él no exige que yo tenga un motivo o que deba explicarme.

Tal vez la nordestina ya haya llegado a la conclusión de que la vida incomoda bastante, alma que no cabe bien en el cuerpo, aunque fuera un alma trivial como la suya. Imaginaba, toda supersticiosa, que si por acaso llegase alguna vez a sentir un gusto muy fuerte de vivir, se rompería súbitamente el hechizo que la hacía princesa y se transformaría en un bicho rastrero. Porque, por mala que fuese su situación, ella no quería ser privada de sí, quería ser ella misma. Creía que sufriría un grave castigo y hasta correría riesgo de morir si sintiese ese gusto de vivir. Entonces se defendía de la muerte por intermedio de un vivir de menos, gastando poco de su vida para que ésta no se acabara. Esta economía le daba alguna seguridad pues,

quien cae, del suelo no pasa. ¿Tendría ella la sensación de que vivía para nada? No lo puedo saber, pero creo que no. Sólo una vez se hizo una pregunta trágica: ¿quién soy yo? Se asustó tanto que dejó totalmente de pensar. Pero yo, que no llego a ser ella, siento que vivo para nada. Soy gratuito y pago las cuentas de luz, gas y teléfono. En cuanto a ella, cuando recibía el salario, a veces se compraba una rosa.

Todo está sucediendo en este año que está pasando y sólo acabaré con esta difícil historia cuando quede exhausto de la lucha. No soy un desertor.

A veces se acordaba de una atemorizante canción desafinada de niñas jugando en rueda, agarradas de las manos. Ella sólo oía sin participar porque la tía la necesitaba para barrer el piso. Las chicas de cabellos ondulados con un lazo de una cinta color rosa. «Quiero una de vuestras hijas chiribín chiribín chiribín». «Escoged la que desees chiribín». La música era un fantasma pálido como una rosa que es loca de belleza pero mortal: pálida y mortal, la muchacha era hoy el fantasma suave y terrorífico de una infancia sin pelota ni muñeca. Entonces solía fingir que corría por los corredores con una muñeca en la mano y corriendo atrás de una pelota y riéndose mucho. La carcajada era aterrorizadora porque sucedía en el pasado y sólo la imaginación maléfica la traía para el presente; nostalgia de lo que podría haber sido y no fue. (Yo bien que avisé que era literatura de cordel aunque me niegue a tener cualquier tipo de piedad).

Debo decir que esa muchacha no tiene conciencia de mí, si la tuviese tendría a quien rezarle y sería su salvación. Pero yo tengo plena conciencia de ella: a través de esa joven doy mi grito de horror a la vida. La vida que tanto amo.

Vuelvo a la joven: el lujo que se daba era tomar un trago frío de café antes de irse a dormir. Pagaba ese lujo, al despertarse, con la acidez.

Ella era callada (por no tener lo que decir) pero le gustaban los ruidos. Eran vida. En cuanto al silencio de la noche la asustaba: parecía que estaba lista para decir una palabra fatal. Durante la noche en la calle del Acre era raro que pasase un auto, cuanto más bocinazos, mejor para ella.

Más allá de esos miedos, como si no bastasen, tenía mucho miedo de agarrarse una enfermedad dañina allá debajo —eso se lo había enseñado su tía. A pesar de sus pequeños ovarios tan marchitos. Tan, tan. Pero vivía tan sumida en lo inalterable que de noche no se acordaba de lo que había sucedido por la mañana. Vagamente pensaba desde hace mucho y sin palabras lo siguiente: ya que soy, la cuestión es ser. Los gallos de los que hablé anunciaban otro día de cansancio más. Cantaban el cansancio. ¿Y las gallinas, qué hacían?, se preguntaba la muchacha. Los gallos por lo menos cantaban. Hablando de gallinas, la muchacha a veces comía un huevo duro en algún bar. Pero la tía le había enseñado que comer huevo le hacía mal al hígado. Siendo así, obedientemente se enfermaba y sentía dolores del lado izquierdo opuesto al hígado. Pues era muy impresionable y creía en todo lo que existía y en lo que no existía también. Pero no sabía disfrazar la realidad. Para ella la realidad era

demasiado como para creer en ella. Además, la palabra «realidad» no le decía nada. Ni a mí, por Dios.

Cuando dormía casi que soñaba que la tía le golpeaba en la cabeza. O soñaba extrañamente en el sexo, ella, que en apariencia era tan asexuada. Cuando despertaba se sentía con culpa sin saber por qué, tal vez porque lo que es bueno debía estar prohibido. Con culpa y contenta. A causa de las dudas se sentía culpable a propósito y entonces rezaba mecánicamente tres avemarías, amén, amén, amén. Rezaba pero sin Dios, ella no sabía quién era Él y por lo tanto él no existía.

Acabo de descubrir que para ella, excepto Dios, también la realidad era muy poco. Se daba mejor con lo irreal cotidiano, vivía en cámara leeeenta, liebre saltaaaaaando en el aaaaire por las looooomas, lo errante era su mundo terrestre, lo errante era lo de adentro de la naturaleza.

Y encontraba bueno estar triste. No desesperada, porque eso nunca le sucederá ya que era tan modesta y simple con aquella cosa indefinible, como si ella fuese romántica. Claro que era neurótica, no hay ni siquiera necesidad de decirlo. Era una neurosis que la sustentaba, mi Dios, por lo menos eso: muletas. Una que otra vez iba para la Zona Sur y se quedaba mirando las vitrinas resplandecientes de joyas y ropas satinadas, sólo para mortificarse un poco. Es que extrañaba el encontrarse consigo misma y sufrir un poco es un encuentro.

El domingo ella se despertaba más temprano para quedarse con más tiempo sin hacer nada.

El peor momento de su vida eran los domingos al final de la tarde: caía en una meditación inquieta, el vacío del árido domingo. Suspiraba. Tenía nostalgia de cuando era pequeña —harina de mandioca seca— y pensaba que era feliz. Aunque sea mala, la infancia, en verdad, está siempre encantada, qué susto. Nunca se quejaba de nada, sabía que las cosas son así y ¿quién organizó la tierra de los hombres? Sin duda, merecería un día el cielo de los tuertos donde sólo entra quien es estrábico. Además, no es solamente entrar en el cielo, se es tuerto en la tierra misma. Juro que no puedo hacer nada por ella. Les aseguro que si yo pudiera mejoraría las cosas. Sé muy bien que decir que la dactilógrafa tiene el cuerpo corrompido es una expresión brutal peor que cualquier mala palabra.

(En cuanto a escribir, más vale un cachorro vivo).

Debo registrar aquí una alegría. Es que la muchacha en un domingo angustioso sin harina de mandioca tuvo una inesperada felicidad que era inexplicable: en los muelles del puerto vio un arco iris. Experimentando un leve éxtasis, enseguida fue poseída por la ambición de ver otro más: quería ver, como una vez en Maceió, el estallido de mudos fuegos de artificio. Ella quiso más porque es una verdad cuando se le da la mano, esa gentuza se agarra del codo, el pueblo sueña con hambre de todo. Y quiere aún sin derecho alguno, ¿no es así? No había forma —al menos yo no puedo— de obtener los diversos brillos de la lluvia lluviosa de los fuegos de

artificio.

¿Debo decir que ella se volvía loca por los soldados? Así era. Cuando veía a uno, pensaba con un estremecimiento de placer: ¿será él quien me mate?

Si la muchacha supiese que mi alegría también viene de mi más profunda tristeza y que la tristeza era una alegría fallida. Sí, ella era un poquitín alegre dentro de su neurosis. Neurosis de guerra.

Y se daba un lujo, además de ir una vez por mes al cine: se pintaba con un rojo groseramente escarlata las uñas de las manos. Pero como se las roía casi hasta la raíz, el rojo se desgastaba enseguida y abajo se veía el negro sucio.

¿Y cuando se despertaba? Cuando se despertaba no sabía más quién era. Sólo un poco más tarde pensaba con satisfacción: soy dactilógrafa y virgen, y me gusta la coca cola. Sólo entonces se vestía de sí misma y pasaba el resto del día representando con obediencia el papel de ser.

¿Enriqueceré este relato si uso algunos términos técnicos difíciles? Pero ahí está la cuestión: esta historia no tiene ninguna técnica, ni de estilo, ella es lo que Dios quiera. Yo por nada del mundo mancharía con palabras brillantes y falsas una vida parca como la de la dactilógrafa. Durante el día yo hago, como todos, gestos que pasan desapercibidos para mí mismo. Pues uno de los gestos más desapercibidos es esta historia de la que no tengo la culpa y que saldrá como sea. La dactilógrafa vivía en una especie de aturdido nimbo, entre cielo e infierno. Nunca había pensado en «yo soy yo». Creo que juzgaba que no tenía derecho, ella era algo azaroso. Un feto envuelto en un periódico y arrojado a un tacho de basura. ¿Hay miles como ella? Sí, miles que son sólo un azar, pensándolo bien: ¿quién no es un azar en esta vida? En cuanto a mí, sólo me libro de ser nada más que un azar porque escribo, lo que es un acto que es un hecho. Cuando entro en contacto con fuerzas mías interiores es que encuentro a través mío al Dios de ustedes. ¿Para qué escribo? ¿Lo sé? No lo sé. Sí, es verdad, a veces también pienso que yo no soy yo, que es como si perteneciera a una galaxia lejana de tan extraño que soy a mí mismo. ¿Soy yo? Me asombro al encontrarme.

La nordestina, como ya dije, no creía en la muerte, pensaba que no sucedería, ¿pues acaso no es que estaba viva? Se había olvidado los nombres de la madre y del padre, que la tía nunca mencionaba. (Con exceso de desenvoltura estoy usando la palabra escrita y eso me estremece porque quedo con miedo de apartarme del Orden y caer en un abismo poblado de gritos: el Infierno de la libertad. Pero continuaré).

Continuando:

Todas las madrugadas prendía la radio que le había prestado María da Penha, una de las colegas de la pensión, y ponía el volumen bien bajito para no despertar a las otras. Invariablemente escuchaba Radio Reloj, que daba «la hora exacta y la cultura», y ninguna música; sólo el sonido de gotas que caen —cada gota por cada

minuto que pasaba. Y sobre todo esa estación de radio aprovechaba los intervalos entre esas gotas de minuto para dar anuncios comerciales. Ella adoraba los anuncios. Era una radio perfecta pues también entre los goteos de tiempo daba enseñanzas escuetas de las cuales algún día tal vez se viese en la necesidad de saber. Fue así que aprendió que el Emperador Carlomagno era en su tierra llamado Carolus. Es cierto que nunca había encontrado la manera de aplicar esa información. Pero nunca se sabe, quien espera siempre alcanza. Había escuchado también la información de que el único animal que no se cruza con el hijo era el caballo.

—Eso joven, es una indecencia —le dijo ella a la radio.

Otra vez había oído: «Arrepiéntete en Cristo y Él te hará feliz». Entonces ella se arrepintió. Como no sabía muy bien de qué, se arrepentía toda y de todo. El pastor también decía que la venganza es una cosa infernal. Entonces ella no se vengaba.

Sí, quien espera siempre alcanza, ¿no?

Tenía lo que se llama la vida interior y no sabía que la tenía. Vivía de sí misma como si se comiese sus propias entrañas. Cuando iba al trabajo parecía una loca mansa porque con el correr del ómnibus ella se perdía en devaneos de elevados y deslumbrantes ensueños. Estos sueños, de tanta interioridad, eran vacíos porque les faltaba el núcleo esencial de una experiencia previa de éxtasis, digamos. La mayor parte del tiempo tenía, sin saberlo, el vacío que llena el alma de los santos. ¿Ella era santa? Por lo que parece. No sabía que meditaba pues no sabía lo que quería decir la palabra. Me parece, sin embargo, que su vida era una extensa meditación sobre la nada. Sólo que necesitaba de los otros para creer en sí misma, sino se perdería en los sucesivos vacíos circulares que había en ella. Meditaba mientras escribía a máquina y por eso se equivocaba todavía más.

Pero se daba sus gustos. En las noches frígidas, ella, toda estremecida bajo las sábanas de brin, solía leer a la luz de la vela los anuncios que recortaba de los periódicos viejos de la oficina. Coleccionaba anuncios y los pegaba en un álbum. Había un anuncio, el que más apreciaba, que mostraba en colores el pote abierto de una crema para piel de mujeres que simplemente no eran ella. Ejecutando el tic fatal que había aprendido de pestañear, imaginaba con deleite: la crema era tan apetitosa que, si tuviese dinero Para comprarla, no sería boba. Qué piel ni nada, ella se la comería, sí, a cucharadas y del pote mismo. Es que le faltaban grasas y su organismo estaba seco como bolsa medio vacía de tostadas despedazadas. Se había vuelto como el tiempo: materia viviente en su forma primaria. Tal vez fuese así para defenderse de la gran tentación de ser infeliz de una vez por todas y de tener lástima de sí misma. (Cuando pienso que yo podría haber nacido ella —¿y por qué no?— me estremezco. Y me parece una fuga cobarde el hecho de yo no ser ella y siento culpa, como dije en uno de los títulos).

En todo caso, el futuro parecía que iba a ser mucho mejor. Por lo menos el futuro tenía la ventaja de no ser el presente y siempre hay algo mejor para lo malo. Pero no había en ella miseria humana. Es que tenía en sí misma algo de flor fresca. Pues, por extraño que parezca, ella creía. Era apenas fina materia orgánica. Existía. Sólo eso. ¿Y yo? De mí sólo se sabe que respiro.

Aunque en ella sólo tuviese la pequeña llama indispensable: un soplo de vida. (Estoy pasando por un pequeño infierno con este relato. Quieran los dioses que yo nunca describa a un lázaro porque si no me cubriría de lepra). (Si me estoy demorando un poco en hacer que suceda lo que ya preveo vagamente, es porque necesito hacer varios retratos de esa alagoana. Y también porque si hubiera algún lector para esta historia quiero que se empape de la joven así como un trapo de piso todo encharcado. La muchacha es una verdad de la cual yo no quería saber. No sé a quién acusar pero un reo debe de haber).

¿Al entrar en la semilla de su vida, estaré como violando el secreto de los faraones? ¿Tendré como castigo la muerte por hablar de una vida que contiene, como todas nuestras vidas, un secreto inviolable? Busco con furia encontrar en esa existencia por lo menos un topacio de esplendor. Al final tal vez lo vislumbre, pero eso todavía no lo sé, aunque mantengo las esperanzas.

Me olvidé de decir que a veces la dactilógrafa tenía náuseas al comer. Eso le venía desde pequeña cuando supo que había comido gato frito. Esto la asustó para siempre, perdió el apetito y sólo sentía el gran hambre. Le parecía que había cometido un crimen y que había comido ángel frito, las alas crujiendo entre los dientes. Ella creía en ángeles y, porque creía, ellos existían.

Nunca había cenado o almorzado en un restaurante. Solía hacerlo de pie en el bar de la esquina. Tenía la vaga idea de que mujer que entra en restaurante es francesa y hecha para el disfrute.

Había cosas que no sabía lo que significaban. Una era «efemérides». ¿No le hacía el Señor Raimundo copiar con su linda letra la palabra efemérides o efeméricas? Encontraba el término efemérides absolutamente misterioso. Cuando lo copiaba le prestaba atención a cada letra. Gloria era estenógrafa y no sólo ganaba más sino que parecía no confundirse con las palabras difíciles que tanto le gustaban al jefe. Mientras, la muchachita se había apasionado por la palabra efemérides.

Otro retrato: nunca había recibido regalos. Además, ella no necesitaba de mucho. Pero un día vio algo que por un pequeño instante codició: un libro que el Señor Raimundo, dado a la literatura, había dejado sobre la mesa. El título era Humillados y ofendidos. Se quedó pensativa. Tal vez se había encontrado definida, por primera vez, en una clase social. ¡Pensó, pensó y pensó! Llegó a la conclusión de que en verdad jamás nadie la había ofendido y todo lo que sucedía era porque las cosas son de esa manera y no había lucha posible. ¿Para qué luchar?

Me pregunto: ¿conocería algún día el amor y sus adioses? ¿Conocería algún

día el amor y sus desmayos? ¿Tendría a su modo el dulce vuelo? No lo sé. Qué debe nacerse con la verdad de que todo el mundo está un poco triste y un poco solo. La nordestina se perdía en la multitud. En la plaza Mauá, donde tomaba el ómnibus, hacía frío y no había ningún abrigo contra el viento. Ah, pero existían los barcos cargueros que le daban nostalgias quién sabe de qué. Eso sólo a veces. En verdad, salía de la oficina sombría, se enfrentaba al clima de afuera y constataba entonces que todos los días a la misma hora era exactamente la misma hora. El gran reloj que funcionaba en el tiempo era irremediable. Sí, para mí desesperación, las mismas horas. Pero bien, ¿y entonces? Entonces nada. En mi caso, autor de una vida, no me llevo bien con la repetición: la rutina me aparta de mis posibles novedades.

Hablando de novedades, la muchacha un día vio en un bar un hombre tan, tan, tan lindo que… que quiso tenerlo en su casa. Debería ser como-como tener una gran esmeralda-esmeralda-esmeralda en un estuche abierto. Intocable. Por la alianza vio que estaba casado. Como casarse con-con-con un ser que era para-para-para ser visto, tartamudeaba en su pensamiento. Se moriría de vergüenza si tuviera que comer frente a él porque él era lindo más allá del equilibrio posible de una persona.

¿Nunca quiso descansar sus espaldas al menos por un día? Sabía que si le hablase de eso al jefe él no le creería que le dolía la columna. Entonces se valió de una mentira que convence más que la verdad: le dijo al jefe que, al día siguiente, no podría trabajar porque arrancarse un diente era muy peligroso. Y la mentira funcionó. A veces sólo la mentira salva. Entonces, al día siguiente, cuando las cuatro Marías cansadas fueron a trabajar, ella tuvo por primera vez en su vida una de las cosas más valiosas: la soledad. Tenía el cuarto sólo para ella. No creía usufructuar mucho espacio. Y no se escuchaba ni una palabra. Entonces, en un acto de absoluto coraje pues su tía no la hubiese entendido, se puso a bailar. Danzaba y giraba porque al estar sola se volvía: ¡l-i-b-r-e! Se aprovechaba de todo, de la soledad arduamente conseguida, de la radio a pilas sonando lo más alto posible, de la vastedad del cuarto sin las Marías. Tomó, como un favor que le hacía la propietaria, un poco de café soluble y, también como favor le pidió agua hirviendo y se lomo todo el cate lamiéndose y delante del espejo para no perderse nada de sí misma. Encontrarse consigo mismo era una alegría que hasta entonces ella desconocía. Creo que nunca estuve tan contenta en la vida, pensó. No le debía nada a nadie y nadie le debía nada. Hasta se dio el lujo de experimentar el tedio, un tedio muy diferente a los otros.

Desconfío un poco de su inesperada facilidad para pedir favores. ¿Necesitaba ella de condiciones especiales para tener encanto? ¿Por qué no actuaba siempre así en la vida? Si hasta verse en el espejo no fue tan aterrador; estaba contenta, pero cómo dolía.

—¡Ah mes de mayo, no me dejes nunca más! (Explosión) fue su íntima exclamación al día siguiente, el 7 de mayo, ella, que nunca exclamaba.

Probablemente porque al fin alguna cosa le era dada. Dada por ella misma, pero dada.

En la mañana del día 7, un éxtasis inesperado para el tamaño de su cuerpo. La luz abierta y brillante de las calles atravesaba su opacidad. Mayo, mes de los velos de novia que fluctúan en blanco.

Lo que sigue es apenas una tentativa de reproducir tres páginas que escribí y que mi cocinera, viéndolas sueltas, las arrojó para mi desesperación a la basura —que los muertos me ayuden a soportar lo casi insoportable, ya que de nada me sirven los vivos. Ni de lejos conseguí igualar la tentativa de repetición artificial de lo que originalmente escribí sobre el encuentro con su futuro novio. Con humildad, contaré ahora la historia de la historia. Por lo tanto, si me preguntaran cómo fue, diré: no sé, me perdí el encuentro.

Mayo, mes de las mariposas novias fluctuando entre velos blancos. Su exclamación tal vez haya sido un preanuncio de lo que iría a suceder al caer la tarde de ese mismo día: en medio de la lluvia abundante encontró (explosión) la primer especie de novio de su vida, su corazón latiendo como si ella se hubiese devorado un pajarito revoloteante y prisionero. EL muchacho y ella se miraron por entre la lluvia y se reconocieron como dos nordestinos, animales de la misma especie que se olfatean. Él la miró mientras se secaba el rostro mojado con las manos. Y la muchacha, le bastó verlo para convertirlo inmediatamente en su dulce de guayaba con queso.

Él…

Él se aproximó y con la tonada de nordestino que la emocionó, le preguntó:

—Me disculpa señorita, pero ¿puedo invitarla a pasear?

—Sí —respondió precipitadamente antes de que él cambiara de idea.

—Si me permite, ¿me diría cuál es su gracia?

—Macabea.

—¿Maca qué?

—Bea —se vio obligada a completar.

—Le pido que me disculpe pero parece una enfermedad de la piel.

—Yo también lo encuentro raro pero mi mamá me lo puso por una promesa que le hizo a Nuestra Señora de la Buena Muerte para que yo sobreviviera. Hasta que tuve un año yo no era llamada de nada porque no tenía nombre y yo hubiese preferido a que nunca me pusieran ningún nombre en vez de tener uno que nadie tiene. Pero finalmente la promesa funcionó —se detuvo un instante retomando la respiración perdida y agregó desanimada y con pudor— pues como el señor puede ver, yo sobreviví, ¿no?

—También en el sertón de Paraíba la promesa es cuestión de una gran deuda de honor.

Los dos ignoraban cómo se pasea. Anduvieron bajo la espesa lluvia y se

detuvieron delante de la vidriera de una ferretería donde estaban expuestos, detrás del vidrio, caños, latas, grandes tornillos y clavos. Y Macabea, con miedo de que el silencio ya significase una ruptura, le dijo a su recién enamorado:

—A mí me gustan los tornillos y los clavos, ¿y a usted?

La segunda vez que se encontraron caía una llovizna que mojaba hasta los huesos. Sin ni siquiera tomarse de las manos caminaban bajo la lluvia que, en la cara de Macabea, parecía correr como lágrimas.

La tercera vez que se encontraron —¿pero no era que estaba lloviendo?— el muchacho, irritado y perdiendo el leve barniz de finura que el padrastro costosamente le había enseñado, le dijo:

—¡Pero usted también lo único que sabe es llover!

—Perdón.

Pero ella ya lo amaba tanto que no sabía ya cómo librarse de él. Estaba desesperada de amor.

Una de las veces que se encontraron ella le preguntó finalmente el nombre.

—Olímpico de Jesús Moreira Chaves —mintió ya que tenía solamente como apellido Jesús, apellido de los que no tienen padre. Había sido criado por un padrastro que le había enseñado el modo educado de tratar a las personas para aprovecharse de ellas y le había enseñado también a conquistar mujeres:

—No entiendo su nombre —dijo ella—. ¿Olímpico?

Macabea fingía una curiosidad enorme escondiéndole el hecho que ella nunca entendía todo muy bien y que eso era siempre así. Pero él, gallito de riña que era, sintió escalofríos en todo el cuerpo con la pregunta tonta y que no sabía cómo responder. Dijo enojado:

—¡Lo sé pero no tengo ganas de decirlo!

—No te enojes, no te enojes, no te enojes… no es necesario que la gente entienda los nombres.

Ella sabía lo que era el deseo —aunque no supiera que sabía. Era así: se quedaba hambrienta pero no de comida, era un gusto medio doloroso que subía desde el bajo vientre y le erizaba las puntas de los senos y los brazos vacíos sin abrazos. Ella se volvía toda dramática y vivir dolía. Terminaba entonces medio nerviosa y Gloria le daba agua con azúcar.

Olímpico de Jesús trabajaba de obrero en una metalúrgica y ella ni se dio cuenta de que él no se llamaba a sí mismo «obrero» sino «metalúrgico». Macabea estaba contenta con su posición social porque ella también tenía el orgullo de ser dactilógrafa, aunque ganara menos que el salario mínimo. Ella y Olímpico eran alguien en el mundo. «Metalúrgico y dactilógrafa» formaban una pareja con clase. La tarea de Olímpico tenía el gusto que se siente cuando se fuma un cigarrillo encendiéndolo por el lado equivocado, por la punta del filtro. El trabajo consistía en pegar las barras de metal que se despegaban de arriba de la máquina para colocarlas

debajo, sobre una placa deslizante. Nunca se había preguntado por qué colocaba la barra debajo. La vida de él no era mala y hasta podía economizar un poco de dinero: dormía gratis en una garita de unas obras en demolición gracias a la solidaridad del sereno.

Macabea dijo:

—Los buenos modales son la mejor herencia.

—Pues para mí la mejor herencia es mucho dinero. Un día voy a ser muy rico, dijo él, que tenía una grandeza demoníaca: su fuerza sangraba.

Una cosa que deseaba era ser torero. Una vez había ido al cine y se estremeció de la cabeza a los pies cuando vio la capa roja. No tenía pena del toro. Lo que le gustaba era ver sangre.

En el Nordeste había juntado salarios y salarios para arrancarse un canino perfecto y cambiarlo por un diente de oro reluciente. Este diente le ciaba posición en la vida. Además, matar había hecho de él un hombre con mayúscula Olímpico no tenía vergüenza, era lo que se llamaba en el Nordeste de «cabra insolente».1 Pero no sabía que era un artista: en las horas de descanso esculpía figuras de santo y eran tan bonitas que él no las vendía. Él ponía todos los detalles y, sin faltar el respeto, esculpía todo del Niño Jesús. Él pensaba que lo que es, es; y que Cristo había sido además de santo un hombre como él, aunque sin diente de oro.

Los negocios públicos le interesaban a Olímpico. Le encantaba oír discursos y tenía sus pensamientos, sí los tenía. Se agachaba con el cigarrillo barato en las manos y pensaba. Como en Paraíba él se agachaba en el piso, el trasero sentado a distancia cero y meditaba. Él decía en voz alta y solo:

—Soy muy inteligente y hasta seré diputado.

¿O acaso no era bueno dando discursos? Tenía el tono cantado y el recitado untuoso, propio de quien abre la boca y habla pidiendo y ordenando los derechos del hombre. Sobre el futuro en este relato no digo nada: ¿pero no terminó él como diputado y obligando a los demás a llamarlo de doctor?

Macabea era en verdad una figura medieval en cuanto Olímpico de Jesús se juzgaba una pieza clave de esas que abren cualquier puerta. Macabea simplemente no era técnica, ella era solamente ella. No, no quiero caer en sentimentalismos y por lo tanto voy a cortar la desventura implícita de esta chica. Pero tengo que advertir que Macabea nunca había recibido una carta en su vida y el teléfono de la oficina sólo sonaba para el jefe y Gloria. Ella una vez le pidió a Olímpico que le llamara por teléfono. Él dijo:

—¿Llamarte por teléfono para oír tus pavadas?

Cuando Olímpico le dijo que terminaría diputado por el Estado da Paraíba, ella se quedó boquiabierta y pensó: ¿cuando nos casemos entonces seré diputada? No quería, pues diputada le parecía un nombre feo. (Como ya dije, ésta no es una historia de pensamientos. Después probablemente volveré a las innominadas

sensaciones, hasta sensaciones de Dios. Pero la historia de Macabea debe salir sino voy at reventar).

Las escasas conversaciones entre los enamorados versaban sobre la harina de mandioca, la carne-de-sol, la carne-seca, la panela, el jugo de caña de azúcar. Pues ese era el pasado des ambos y ellos olvidaban la amargura de la infancia porque ésta, una vez que pasó, es siempre dulce-amarga y hasta produce nostalgia. Se parecían demasiado a hermanos, cosa que —sólo ahora me estoy percatando— no da para casarse. Pero yo no sé si ellos sabían eso. ¿Se casarían o no? Todavía no lo sé, sólo sé que eran de algún modo inocentes y hacían poca sombra en el piso.

No mentí, ahora lo veo todo: él no era inocente a pesar de ser una víctima general del mundo. Tenía dentro de sí, lo descubrí ah-ora, la dura semilla del mal, le gustaba vengarse, ese era su mayor placer y lo que le daba fuerza de vida. Más que ella, que no tenía ángel de la guarda.

En fin, lo que fuese a acontecer, acontecería. Y mientras tanto nada acontecía, ellos dos no sabían inventar acontecimientos. Se sentaban en lo que es gratis: banco de plaza pública. Y acomodados allí, nada los distinguía del resto de nada. Para mayor gloria de Dios.

Él: —Así es.

Ella: —¿Así es qué?

Él: —¡Sólo dije así es!

Ella: —¿Pero «así es» qué cosa?

Él: —Mejor cambiemos de tema porque no me entendés.

Ella: —¿Entender qué?

Él: —¡Virgen santa! ¡Vamos a cambiar de tema mejor, Macabea!

Ella: —¿Pero hablamos entonces de qué?

Él: —De vos, por ejemplo.

Ella: —¡¿Yo?!

Él; —¿Por qué te asombrás? ¿No sos una persona acaso? Las personas hablan de las personas.

Ella: —Discúlpame pero no creo que yo sea tan persona.

Él: —¡Pero todo el mundo es persona, mi Dios!

Ella: —Es que no me acostumbré.

Él: —¿A qué no te acostumbraste?

Ella: —Ah, no sé explicarlo.

Él: —¿Y entonces?

Ella: —¿Entonces qué?

Él: —¡Mirá, me voy, sos insoportable Macabea!

Ella: —Es que yo sólo ser insoportable, no sé ser otra cosa. ¿Qué debería hacer para lograr ser soportable?

Él: —¿Podés parar de decir pavadas? ¿Por qué no hablás de algo de lo que te

den ganas?

Ella: —Creo que no sé hablar.

Él: —¿Qué es lo que no sabés?

Ella: —¿Eh?

Él: —Mirá, hasta estoy transpirando de la amargura. Mejor no hablemos de nada, ¿no te parece?

Ella: —Bueno, está bien, como quieras.

Él: —No tenés arreglo. En cuanto a mí, tanto me llamaron, que yo me volví yo. En el sertón de Paraíba no hay quien no sepa quién es Olímpico. Y algún día todo el mundo sabrá de mí.

—¿Sí?

—Pero es lo que te estoy diciendo. ¿No me creés?

—Te creo, sí, te creo, te creo y no te quiero ofender.

De pequeña ella había visto una casa pintada de rosa y blanco con un jardín en donde había un pozo cavado con agua y todo. Era lindo mirar para adentro. Entonces su ideal se había transformado en eso: en llegar a tener un pozo sólo para ella. Pero no sabía cómo hacer y entonces le preguntó a Olímpico:

—¿Vos sabés si un agujero puede comprarse?

—¿Pero vos no te diste cuenta? ¿No pensaste que todo lo que preguntás no tiene respuesta?

Ella se quedó con la cabeza inclinada hacia el hombro como una paloma que está triste.

Una vez, cuando él le decía que se iba a hacer rico, ella le dijo:

—¿No será solamente una fantasía?

—Andate al infierno, lo único que sabés hacer es desconfiar. Y no te digo malas palabras porque sos una muchacha casta.

—No te enojes, dicen que enojarse puede producir una herida en el estómago.

—Para nada me enojo, yo estoy convencido de que voy a triunfar. Y vos, ¿tenés, preocupaciones?

—No, no tengo ninguna. Creo que no necesito vencer en la vida.

Fue la única vez que le habló de sí misma a Olímpico de Jesús. Estaba habituada a olvidarse de sí misma. Nunca alteraba sus hábitos, tenía miedo de inventar.

—¿Sabías que en Radio Reloj dijeron que un hombre escribió un libro llamado Alicia en el País de las Maravillas y que también era un matemático? Hablaron también de «álgebra». ¿Qué quiere decir «álgebra»?

—Saber sobre eso es cosa de marica, de un hombre que se parece a una mujer. Disculpas por haberte dicho la palabra marica que, para una chica decente, es una mala palabra.

—En esa radio ellos dicen cosas como «cultura» y otras palabras difíciles, por

ejemplo: ¿qué quiere decir «electrónico»?

Silencio.

—Yo lo sé pero no tengo ganas de decirlo.

—A mí me gusta tanto escuchar las gotas de minutos de tiempo que suenan así: tic-tac-tic-tac-tic. Radio Reloj dice que da la hora exacta, cultura y anuncios.

¿Qué quiere decir cultura?

—Cultura es cultura —continuó él emperrado—. Vos también vivís arrinconándome contra la pared.

—Es que hay muchas cosas que no entiendo bien. ¿Qué quiere decir «renta per cápita»?

—Eso es fácil: es cosa de médicos.

—¿Qué quiere decir calle Conde de Bonfim? ¿Qué es conde? ¿Y príncipe?

—Conde es conde, claro. Yo no necesito la hora exacta porque tengo reloj.

No contó que lo había robado en el baño de la fábrica: un colega lo había dejado en el lavatorio mientras se aseaba las manos. Nadie lo sabía pero él era un verdadero técnico del robo: no usaba reloj de pulsera en el trabajo.

—¿Sabés qué más aprendí? Ellos dijeron que había que tener alegría de vivir. Entonces yo la tengo. También escuché una música linda y hasta lloré.

—¿Era un samba?

—Creo que sí. La cantaba un hombre llamado Carusso que se dice que ya murió. La voz era tan suave que al oírla causaba dolor. La música se llamaba «Una Furtiva Lacrima». No sé por qué ellos no dijeron lágrima.

«Una Furtiva Lacrima» fue la única cosa bellísima que hubo en su vida. Mientras secaba sus lágrimas, intentó cantar lo que había oído. Pero su voz era cruda y tan desafinada como lo era ella. Cuando escuchó comenzó a llorar. Era la primera vez que lloraba, no sabía que tenía tanta agua en los ojos. Lloraba, se sonaba la nariz sin saber ya por qué lloraba. No lloraba por causa de la vida que llevaba: porque, no habiendo conocido otros modos de vivir, había aceptado que con ella era «así». Pero también creo que lloraba porque, a través de la música, adivinaba que tal vez había otros modos de sentir, había existencias más delicadas y hasta con un cierto lujo de alma. Muchas cosas sabía que no sabía entender. ¿«Aristocracia» significaba por si acaso una gracia concedida? Probablemente. Si es así, que así sea. Zambullida en la vastedad del mundo musical que no necesitaba ser entendido. Su corazón se había disparado. Y junto con Olímpico de repente adquirió coraje y arrojándose en lo desconocido de sí misma dijo:

—Creo que hasta sé cantar esa música. La-la-la-la-la.

—Parecés una muda cantando. ¡Qué voz de caña partida!

—Debe ser porque es la primera vez que canto en la vida.

Ella creía que «lacrima» en vez de lágrima era un error del hombre de la radio. Nunca se le había ocurrido que existiera otra lengua y pensaba que en Brasil

se hablaba brasileño. Además de los barcos cargueros del mar los domingos, sólo tenía esa música. El sustrato último de la música era su única vibración.

Y el noviazgo continuaba endeble. Él:

—Después de que mi santa madre murió, ya nada me retenía en Paraíba.

—¿De qué murió?

—De nada. Se acabó su salud.

Él hablaba cosas grandiosas pero ella prestaba más atención a las cosas insignificantes como ella misma. Así percibió un portón oxidado, retorcido, chirriante y descascarado que abría camino a una serie de casitas iguales de un barrio residencial. Llegó en eso el ómnibus. Las casas del barrio además del número 106 tenían una plaqueta donde estaba escrito el nombre de las casas. Una se llamaba «Nacimiento del Sol». Lindo nombre que además auguraba cosas buenas.

Ella encontraba a Olímpico muy conocedor de las cosas. Él decía lo que ella nunca había oído. Una vez él habló así:

—La cara es más importante que el cuerpo porque la cara muestra lo que la persona está sintiendo. Vos tenés cara de que comiste algo que no te gustó. No me agrada una cara triste, tratá de cambiar —y dijo una palabra difícil—, tratá de cambiar la «expresión».

Ella dijo consternada:

—No sé cómo se hace para tener otra cara. Pero sólo en la cara estoy triste porque por dentro estoy hasta alegre. Es tan bueno vivir, ¿no?

—¡Claro! Pero vivir bien es de privilegiados. Yo soy uno de ellos y vos me ves flaco y pequeño pero soy fuerte, con solo un brazo te puedo levantar por los aires. ¿Querés ver?

—No, no, la gente está mirando y van a pensar mal.

—Nadie mira a las flacuchas raras.

Y se fueron para la esquina. Macabea estaba muy feliz. Realmente él la levantó por los aires, encima de su propia cabeza. Ella dijo eufórica:

—Así debe ser viajar en avión.

Sí. Pero de repente él no aguantó el peso en un solo brazo y ella se cayó de cara en el barro y la nariz comenzó a sangrarle. Pero como era considerada, enseguida le estaba diciendo:

—No te preocupes, fue una caída sin importancia.

Como no tenía pañuelo para limpiarse el barro y la sangre, se secó el rostro con la falda mientras decía:

—No mires mientras me limpio, por favor, está prohibido levantarse el vestido.

Pero él se emperró definitivamente y no dijo ni una palabra más. Pasó varios días sin pasarla a buscar: su honor había sido herido.

Al final terminó por volver a ella. Por motivos diferentes entraron en una

carnicería. Para ella el olor de la carne cruda era un perfume que la hacía levitar toda como si hubiese comido. En cuanto a él, lo que quería era ver a| carnicero y su cuchillo afilado. Le tenía envidia y también quería ser carnicero. Meter el cuchillo en la carne lo excitaba. Ambos salieron de la carnicería satisfechos. Ella se preguntaba: ¿qué gusto tendrá esta carne? Y él, en cambio, se preguntaba: ¿cómo es que una persona logra ser carnicero? ¿Cuál era el secreto? (El padre de Gloria trabajaba en una carnicería bellísima). Ella dijo:

—Voy a tener tantas nostalgias de mí cuando me muera…

—Qué tontería. Se muere y se muere de una vez.

—No fue lo que me enseñó mi tía.

—Qué me importa tu tía.

—¿Sabés qué es lo que yo más quería en la vida? Ser artista de cine. Sólo voy al cine el día que el jefe me paga. Yo escojo cines berretas, salen más barato. Adoro a los artistas. ¿Sabes que Marylin era toda color de rosa?

—Y vos color de sucia. No tenés ni rostro ni cuerpo como para ser artista de cine.

—¿En serio creés eso?

—Se ve en el aspecto.

—No me gusta ver sangre en el cine. No puedo verla porque me dan ganas de vomitar.

—¿De vomitar o de llorar?

—Hasta el día de hoy, gracias a Dios, nunca vomité.

—Sí, de esa vaca no sale leche.

Pensar era tan difícil, ella no sabía de qué manera se pensaba. Pero Olímpico no sólo pensaba sino que también usaba palabrerío fino. Nunca olvidaría que en el primer encuentro él la había llamado «señorita», él había hecho de ella un alguien. Como era un alguien, se compró un lápiz labial color rosa. Los diálogos que tenían siempre eran huecos. Se daba cuenta de que ni remotamente había dicho nunca una palabra verdadera. Y al «amor» ella no lo llamaba amor, lo llamaba un no sé qué.

—Mirá, Macabea…

—¿Mirá qué?

—¡No, Dios mío, no es «mirá» de ver, es «mirá» como cuando se quiere que una persona escuche! ¿Me estás escuchando?

—Todito, todito.

—¡Todito qué, Dios mío, si todavía no dije nada! Mirá, voy a pagarte un cafecito en el bar, ¿querés?

—¿Puede ser con un poco de leche?

—Claro, es el mismo precio, si llegara a ser más, pagás la diferencia.

Macabea no le ocasionaba ningún gasto a Olímpico. Salvo esta vez cuando le pagó el café cortado que ella llenó de azúcar hasta que casi vomita, pero se controló

para no pasar vergüenza. Ella le puso mucha azúcar para aprovechar.

Una vez fueron los dos al Jardín Zoológico y ella se pagó su propia entrada. Se asombró mucho al ver a los animales. Tenía miedo y no los entendía: ¿por qué vivían? Pero cuando vio la masa compacta, corpulenta, negra y rolliza del rinoceronte que se movía en cámara lenta, tuvo tanto miedo que se meó encima. El rinoceronte le pareció un error de Dios, que por favor me perdone, ¿sí? Pero no había pensado en ningún Dios, era apenas un modo de. Por la gracia de alguna divinidad, Olímpico no se dio cuenta de nada y ella le dijo:

—Estoy mojada porque me senté en un banco mojado.

Y él no percibió nada. Ella rezó automáticamente en agradecimiento. No era agradecimiento a Dios, sólo estaba haciendo lo que había aprendido en la infancia.

—La jirafa es tan elegante, ¿no?

—Tonterías, los animales no son elegantes.

Ella tuvo envidia de la jirafa que se paraba tan lejos, en el aire. Y como vio que sus comentarios sobre los animales no le agradaron a Olímpico, buscó otro tema:

—En Radio Reloj dijeron una palabra que encontré un poco rara: mimetismo. Olímpico la miró desconfiado:

—¿Te parece que son palabras para que diga una chica virgen? ¿Y para qué sirve saber tanto? El Mangue está lleno de jovencitas que hicieron demasiadas preguntas.

—¿El Mangue es un barrio?

—Es un lugar malo, al que sólo pueden ir los hombres. Aunque no lo entiendas te voy a decir una cosa: todavía se encuentran mujeres baratas. Vos me costaste poco, un cafecito. No voy a gastar más con vos, ¿está bien?

Ella pensó: no merezco que él me pague nada porque me hice pipí.

Después de la lluvia en el Jardín Zoológico, Olímpico no fue más el mismo: se había desenfrenado. Y sin darse cuenta que él mismo era de pocas palabras como le corresponde a un hombre serio, le dijo:

—¡Qué vida perra! ¿Por qué no abrís el pico o hablas de algo interesante? Entonces afligida ella le dijo:

—¡Mirá, el Emperador Carlomagno era llamado en su tierra Carolus! ¿Y vos sabías que la mosca vuela tan deprisa que si volase en línea recta ella daría la vuelta al mundo en 28 días?

—¡Eso es mentira!

—No, no lo es, te lo juro por mi alma pura que aprendí eso en la Radio Reloj.

—Pues no te creo.

—Que me caiga muerte en este instante si estoy mintiendo. Que mi padre y mi madre se queden en el infierno si te estoy engañando.

—Vas a ver que te caes muerta. Escucha una cosa: ¿sos idiota o te hacés?

—No sé bien lo que soy, me encuentro un poco… ¿qué?… quiero decir, no sé

bien quién soy.

—Pero por lo menos sabés que te llamas Macabea, ¿no?

—Es verdad. Pero no sé lo que hay dentro de mi nombre. Sólo sé que nunca fue importante…

—Pues quiero que sepas que ni nombre será escrito en los diarios y será conocido por todo el mundo.

Ella le dijo a Olímpico:

—¿Sabés que en la calle donde vivo hay un gallo que canta?

—¿Por qué mentís tanto?

—¡Te juro! ¡Quiero ver a mi madre caerse muerta si lo que digo no es verdad!

—¿Pero tu mamá no se murió?

—Ah, es verdad… qué cosa…

(¿Pero y yo? ¿Y yo, que estoy contando esta historia que nunca me sucedió ni a mí ni a nadie que yo conozca? Quedo abismado al saber tanta verdad. ¿Mi oficio doloroso consiste en adivinar en la carne la verdad que nadie quiere observar? Si sé casi todo de Macabea es porque una vez atrapé al vuelo la mirada de una nordestina amarillenta. Ese golpe de vista me dio su cuerpo todo entero. En cuanto al paraibano, seguramente debo haberle fotografiado mentalmente la cara. Y cuando se presta una atención espontánea y virgen de imposiciones, cuando se presta atención, la cara lo dice casi todo).

Y ahora me borro de nuevo y vuelvo para esas dos Personas que por fuerza de las circunstancias eran seres medio abstractos.

Pero todavía no expliqué bien a Olímpico. Venía del sertón de Paraíba y tenía una resistencia que provenía de la pasión por su tierra brava y rajada por la sequía. Se había traído, comprada en el mercado de Paraíba, una lata de vaselina perfumada y un peine, como sus posesiones exclusivas. Untaba su cabello negro hasta dejarlo bien mojado. Ni sospechaba que las cariocas le tenían asco a esa melosidad grasienta. Había nacido tostado y duro que ni un gajo seco de árbol o piedra al sol. Era más pasible de ser salvado que Macabea pues no había sido en vano que había matado a un hombre, con el que se había peleado, en una zona yerma del sertón, la larga navaja entrando suave suave en el hígado blando del sertanejo. Guardaba sobre eso un secreto absoluto, lo que le daba la fuerza que da el secreto. Olímpico era macho de riña. Pero flaqueaba cuando había entierros: a veces iba tres veces por semana a entierro de desconocidos, cuyos anuncios salían en los diarios y sobre todo en *El día*, y sus ojos se quedaban llenos de lágrimas. Era una debilidad pero quién no tiene la suya. La semana en que no había entierro, era una semana vacía para ese hombre que si bien era chiflado sabía muy bien lo que quería. De modo que para nada en un chiflado. Macabea, a diferencia de Olímpico, era frute de la cruza de «qué» con «qué». En verdad, ella parecía haber nacido de una idea vaga cualquiera de padres hambrientos. Olímpico por lo menos robaba siempre que

podía, aún al sereno de las obras donde dormía. Haber matado y robar hacían que él no fuese un cualquiera, le daban categoría, hacían de él un hombre de honra limpia Él también se salvaba más que Macabea porque tenía un gran talento para dibujar rápidamente caricaturas perfectas de los retratos de los poderosos que salían en los diarios Era su venganza. Su única bondad con Macabea fue decirle que le conseguiría un empleo en la metalúrgica cuando fuese despedida de su trabajo.

Para ella la promesa había sido un escándalo de alegría (explosión) porque en la metalúrgica encontraría su única conexión actual con el mundo: el mismo Olímpico. Pero Macabea, en términos generales, no se preocupaba por su futuro: tener futuro era un lujo Había escuchado en Radio Reloj que había siete billones de personas en el mundo. Ella se sentía perdida. Pero con la tendencia que tenía para ser feliz se consoló enseguida: había siete billones de personas para ayudarla.

A Macabea le gustaban los films de terror o los musicales. Tenía predilección por mujer ahorcada o que recibía un tiro en el corazón. No sabía que ella misma era una suicida aunque nunca se le hubiese ocurrido matarse. La vida le era tan insulsa como pan viejo con manteca. En cambio Olímpico era un diablo premiado y vital y de él nacerían hijos. Tenía el valorado semen. Y como ya fue dicho o no, Macabea tenía ovarios marchitos como un hongo cocido. Ah, si yo pudiese agarrar a Macabea, darle un buen baño y un beso en la frente mientras la cubro con una frazada. Y hacer que al despertarse se encontrara simplemente con el gran lujo de vivir.

Olímpico, en verdad, no mostraba satisfacción alguna en ser el novio de Macabea, es lo que descubro ahora. Olímpico tal vez se percatara de que Macabea no tenía la fuerza de la raza, que era un subproducto. Pero cuando vio a la colega de Macabea, enseguida se dio cuenta de que tenía clase.

Gloria poseía en la sangre el buen vino portugués y también era amanerada en el bamboleo que hacía al caminar a causa de la sangre africana que llevaba escondida. A pesar de ser blanca, tenía en sí la fuerza de lo mulato. Los cabellos crespos se los oxigenaba de amarillo huevo y las raíces siempre quedaban oscuras. Pero aún oxigenada ella era rubia, lo que significaba un peldaño más para Olímpico. Además de tener una ventaja que ningún nordestino podía despreciar. Cuando Macabea se la presentó, Gloria le dijo: «soy carioca de pura cepa». Olímpico no entendió lo que significaba «de pura cepa» pues era una jerga de cuando el padre de Gloria era joven. El hecho de ser carioca la hacía pertenecer al ambicionado clan del sur del país. Viéndola, él enseguida adivinó que, a pesar de fea, Gloria estaba bien alimentada. Y eso hacía de ella material de buena calidad.

Mientras, el noviazgo con Macabea había entrado en una rutina tibia, si es que alguna vez había experimentado lo caliente. Muchas veces él no aparecía en la parada del ómnibus. Pero por lo menos era un novio. Y Macabea sólo pensaba el día en que él quisiese comprometerse. Y casarse.

Posteriormente de investigación en investigación, Olímpico supo que Gloria tenía madre, padre y comida caliente en la hora justa. Eso la volvía de primera calidad. Olímpico cayó en un éxtasis cuando supo que el padre de ella trabajaba en una carnicería.

Por las caderas se adivinaba que ella sería buena pariendo. Le pareció que Macabea es cambio, terminaba en ella misma.

Olvidé decir que era realmente asombroso que para el cuerpo casi marchito de Macabea fuese tan vasto su soplo de vida, casi ilimitado y tan abundante como el de una doncella embarazada, embarazada por si misma mediante partenogénesis. Ella tenía sueños esquizoides en los que aparecían gigantescos animales antediluvianos como si hubiese vivido en las épocas más remotas de esta tierra sangrienta.

Fue entonces (explosión) que se deshizo de repente el noviazgo entre Olímpico y Macabea. Noviazgo tal vez extraño pero por lo menos pariente de algún pálido amor. Él le avisó que había encontrado otra chica y que esa chica era Gloria. (Explosión). Macabea supo ver bien lo que había sucedido entre Olímpico y Gloria: los ojos de ambos se habían besado.

Enfrentado a la cara un poco demasiado inexpresiva de Macabea, él hasta le quiso decirle alguna gentileza que suavizara el momento del adiós definitivo. Y al despedirse le dijo:

—Macabea, sos como un pelo en la sopa. No dan ganas de comer. Discúlpame si te ofendo, pero soy sincero. ¿Estás ofendida?

—¡No, no, no! ¡Ah, por favor, quiero irme! ¡Por favor, decime adiós ahora!

Mejor es que yo no hable de felicidad o infelicidad. Provoca aquella nostalgia desmayada y lila, aquel perfume de violeta, las aguas heladas de la mansa marea en espumas sobre la arena. Yo no quiero provocar porque duele.

Macabea, me olvidé de decirlo, tenía una infelicidad: era sensual. ¿Cómo en un cuerpo derruido como el de ella cabía tanta lascivia, sin que ella lo supiese? Misterio. Le había pedido a Olímpico, al comenzar el noviazgo, una foto pequeña de tamaño 3x4 donde él salía riéndose para mostrar el canino de oro y ella se quedaba tan excitada que rezaba tres padrenuestros y dos avemarías para calmarse.

En el momento en que Olímpico la dejó, la reacción de ella (explosión) surgió de repente inesperada: se puso sin más ni menos a reír. Reía porque no se acordó de llorar. Sorprendido, Olímpico, sin entender, se rió a carcajadas.

Se pusieron a reír los dos. Ahí él tuvo un gesto que, por fin, era una delicadeza: le preguntó si se estaba riendo de los nervios. Ella dejó de reír y dijo muy, muy cansada:

—No sé…

Macabea entendió una cosa: Gloria era un estruendo de la existencia. Y todo se debía a que Gloria era gorda. La gordura siempre había sido el ideal secreto de Macabea, pues en Maceió había oído que un joven decía a una gorda que pasaba por

la calle: «¡qué hermosura tu gordura!». A partir de entonces ambicionaba tener carnes y fue cuando hizo el único pedido de su vida. Le pidió a la tía que le comprase hígado de bacalao. (Ya entonces tenía predilección por las publicidades). La tía le preguntó: ¿pensás que es de hija de buena familia querer esos lujos?

Después que Olímpico se despidió, ya que ella no era una persona triste, trató de continuar como si no hubiese perdido nada. (Ella no sintió desesperación, etc. etc). Además, ¿qué es lo que ella podía hacer? Porque ella era perseverante. Y hasta la tristeza también era cosa de ricos, para quien podía, para quien no tenía nada que hacer. Tristeza era lujo.

Me olvidé de decir que, al día siguiente al que él la había largado, ella tuvo una idea. Ya que nadie la festejaba, ni mucho menos le ofrecía compromiso, daría una fiesta para sí misma. La fiesta consistió en comprar, sin necesidad, un lápiz labial nuevo, no color rosa como el que usaba, sino rojo chillante. En el baño de la oficina se pintó toda la boca y hasta fuera de los contornos para que sus labios finos tuvieran esa cosa rara de los labios de Marylin Monroe. Una vez pintada se quedó mirando en el espejo la figura que, a su vez, la miraba asustada. Porque en vez de lápiz labial parecía que le había brotado de los labios sangre espesa por un puñetazo en plena boca, con rotura de dientes y carne rasgada (pequeña explosión). Cuando volvió para su lugar de trabajo, Gloria se rió de ella:

—¿Te volviste loca, querida? ¿Pintarte como una endemoniada? Parecés la mujer de un soldado.

—¡Soy una chica virgen! No soy mujer de soldado ni de marinero.

—Perdoná que te pregunte pero ¿ser fea duele?

—Nunca pensé en eso, creo que un poquito duele. Pero yo te pregunto si vos, que sos fea, sentís dolor.

—¡¡¡Yo no soy fea!!! —gritó Gloria.

Después todo pasó y Macabea retomó su placer de no pensar en nada. Vacía, vacía. Como dije, ella no tenía ángel de la guarda. Pero se las arreglaba como podía. A lo sumo, ella era casi impersonal. Gloria le preguntó:

—¿Por qué me pedís tanta aspirina? No es que te esté exigiendo nada, pero las aspirinas cuestan dinero.

—Son para que no me duela.

—¿Cómo es eso? ¿Te duele?

—Todo el tiempo me duele.

—¿Dónde?

—Adentro, no sé explicarlo.

Cada vez más le costaba explicarse. Se había transformado en simplicidad orgánica. Y se las había arreglado de modo de encontrar en las cosas simples y honestas la gracia de un pecado. Le gustaba sentir el paso del tiempo. Aunque no tuviese reloj, o por eso mismo, gozaba el dilatado tiempo. Era supersónica de vida.

Nadie percibía que ella superaba con su existencia la barrera del sonido. Para las otras personas ella no existía. Su única ventaja sobre los otros era saber tragar las píldoras sin agua, así en seco. Gloria, que le daba las aspirinas, la admiraba mucho, lo que le daba a Macabea un baño de calor sabroso en el corazón. Gloria le advirtió:

—Algún día la píldora se le va a pegar en la pared de la garganta y quedarás como gallina con pescuezo medio cortado, corriendo por ahí.

Un día tuvo un éxtasis. Fue delante de un árbol tan grande que ella no hubiera podido abrazar su tronco. Pero a pesar del éxtasis ella no vivía con Dios. Rezaba indiferentemente. Sí. Pero el misterioso Dios de los otros le proporcionaba, a veces, un estado de gracia. Feliz, feliz, feliz. Ella con el alma casi en vuelo. También había visto un disco volador. Estaba tentada en contárselo a Gloria pero no había manera, no sabía hablar. Además, ¿contar qué? ¿El aire? No se cuenta todo porque todo es una hueca nada.

A veces la gracia le agarraba sentada en su escritorio. Entonces se iba al baño para estar sola. De pie y sonriendo hasta que se le pasara (me parece que ese Dios era muy misericordioso con ella: le daba lo que le quitaba). De pie, pensando en nada, los ojos bien abiertos.

Ni siquiera Gloria era una amiga, sólo era una colega. Gloria rolliza, blanca e insípida. Tenía un olor raro. Porque sin duda no se lavaba mucho. Se oxigenaba el vello de las piernas peludas y de las axilas que ella no se depilaba. Olímpico: ¿y ahí abajo, también será rubia?

En relación a Macabea, Gloria tenía un vago sentimiento maternal. Cuando Macabea le parecía demasiado caída, le decía:

—¿Y ese ánimo, es a causa de…?

Macabea, que nunca se irritaba con nadie, se irritaba con el hábito que tenía Gloria de dejar las frases inacabadas. Gloria usaba un agua de colonia fuerte de sándalo y Macabea, que tenía el estómago delicado, casi vomitaba al sentir el olor. No decía nada porque Gloria era ahora su conexión con el mundo. Este mundo estaba compuesto por la tía, Gloria, el Señor Raimundo y Olímpico —y, en menor medida, por las muchachas con las que compartía el cuarto. En compensación, se conectaba con una foto de Greta Garbo de joven. Para mi sorpresa, pues yo no imaginaba a Macabea capaz de sentir lo que dice un rostro como ése. Greta Garbo, pensaba ella sin explicarse, esa mujer debe ser la mujer más importante del mundo. Pero lo que ella quería no era ser la altiva Greta Garbo cuya trágica sensualidad estaba en un pedestal solitario. Lo que ella quería, como ya lo dije, era parecerse a Marylin. Un día, en un raro momento de confesión, le dijo a Gloria quién le hubiese gustado ser. Y Gloria tuvo un ataque de carcajadas:

—¿Justo ella, Maca? ¡Vos sí que estás equivocada!

Gloria estaba muy satisfecha consigo misma: se daba un gran valor. Sabía que el hábito perezoso de mulata, una manchita cerca de la boca —sólo para cautivar—

y un bozo compacto al que ponía agua oxigenada. Su boca quedaba rubia. Parecía hasta un bigote. Era una atrevida astuta pero tenía fuerza de corazón. Se apenaba con Macabea pero que ella se arregle, ¿quién la había mandado a ser tonta? Gloria pensaba: no tengo nada que ver con ella.

Nadie puede entrar en el corazón de nadie. Macabea hablaba mucho con Gloria pero nunca con el corazón al desnudo.

Gloria tenía un trasero alegre y fumaba cigarrillos mentolados para mantener el buen aliento en sus besos interminables con Olímpico. Ella estaba muy satisfecha: tenía todo lo que sus pocos anhelos le daban. Y había en ella un desafío que se resumía en «nadie manda sobre mí». Pero un día se puso a mirar y a mirar y a mirar a Macabea. De repente no aguantó más y con un acento levemente portugués le dijo:

—Mujer, ¿no tenés cara?

—Sí tengo. Lo que pasa es que tengo la nariz achatada, soy alagoana.

—Pero decime una cosa: ¿vos no pensás en tu futuro?

La pregunta quedó ahí, porque la otra no supo qué responder. Muy bien. Volvamos a Olímpico.

Él, para impresionar a Gloria y mostrarse enseguida como un gallito, compró pimienta malagueta de las más picantes en la feria de los nordestinos y para mostrarle a su nueva conquista lo robustón que era masticó la misma pulpa de esa fruta del diablo. Ni siquiera tomó un vaso de agua para apagar el fuego de las entrañas. El ardor casi intolerable, sin embargo, lo endureció, sin contar que Gloria asustada pasó a obedecerle. Él pensó: ¿acaso no soy un ganador? Y se agarró de Gloria con la fuerza de un zángano, ella le daría miel de abejas y hartas carnes. No se arrepintió ni un solo instante de haber roto con Macabea Pues su destino era el de ascender para, algún día, entrar en el mundo de los otros. Tenía hambre de ser otro. En el mundo de Gloria, por ejemplo, él iba a enriquecerse, el frágil machito. Dejaría finalmente de ser lo que siempre había sido y que escondía hasta de sí mismo por tener vergüenza de tales debilidades: es que en verdad desde niño no pasaba de ser un corazón solitario latiendo con dificultades en el espacio. El sertanejo es, antes que nada, una víctima resignada. Yo lo perdono.

Gloria, que quería compensar el robo que le había hecho a la otra, la invitó a tomar la merienda, una tarde de domingo, en su casa. ¿Soplar después de morder? (Ah qué historia banal, apenas soporto escribirla).

Y ahí (pequeña explosión). Macabea abrió grandes los ojos. En el sucio desorden de una burguesía de tercera clase existía, sin embargo, el tibio confort de quien gasta todo el dinero en comida. En el suburbio se comía mucho. Gloria vivía en la calle General no sé qué, muy contenta de vivir en calle de militar porque se sentía más protegida. En su casa tenía hasta teléfono. Fue tal vez sea una de las pocas veces en las que Macabea vio que no había para ella lugar en el mundo y,

justamente, por todo lo que le daba Gloria. Esto es, un vaso lleno de chocolate espeso de verdad mezclado con leche y muchos tipos de roscas azucaradas, sin hablar de una pequeña torta. Macabea, mientras Gloria salía del comedor, se robó a escondidas una galletita. Después le pidió perdón al Ser abstracto que daba y quitaba. Se sintió perdonada. El Ser le perdonaba todo.

Al día siguiente, un lunes, no sé si por causa de que el hígado fue afectado por el chocolate o por causa del nerviosismo por haber bebido cosas de ricos, la pasó mal. Pero terca no vomitó para no desperdiciar el lujo del chocolate. Días después, al recibir su salana tuvo la audacia, por primera vez en su vida (explosión) de buscar al médico barato que le había aconsejado Gloria. La examinó, la examinó y una vez más la examinó.

—¿Usted hace régimen para adelgazar? Macabea no supo qué responder.

—¿Qué es lo que usted come?

—Panchos.

—¿Sólo panchos?

—A veces como sándwich de mortadela.

—¿Y qué bebe? ¿Leche?

—Sólo café y gaseosas.

—¿Qué gaseosa? —le preguntó sin saber qué decir. Le preguntó al azar:

—¿Usted tiene a veces crisis de vómitos?

—¡Ah, nunca! —exclamó muy espantada, pues no era loca por desperdiciar comida, como ya dije.

El médico la miró y se dio cuenta de que ella no hacía régimen para adelgazar. Pero le era más cómodo insistirle en decir que no hiciese ninguna dieta. Sabía que era así y que era médico de pobres. Fue lo que dijo mientras le recetaba un tónico que ella después ni compró. Creía que ir al médico ya de por sí curaba. Él, irritado sin acertar el por qué de su súbita irritación y bronca, agregó:

—Esta historia de hacer un régimen con panchos es pura neurosis y lo que está necesitando usted es un buen psicoanalista.

Ella no entendió nada pero pensó que el médico esperaba que ella sonriese. Entonces sonrió.

El médico, muy gordo y transpirado, tenía un tic nervioso que le hacía, de cuando en cuando, estirar los labios periódicamente. El resultado era que parecía que estaba haciendo pucheritos como un cuando un bebé está por llorar.

Ese médico no tenía ningún objetivo. Las medidas eran solamente para ganar dinero y nunca por amor a la profesión ni a los enfermos. Era desatento y creía que la pobreza era una cosa fea. Trabajaba para los pobres pero detestaba lidiar con ellos. Ellos eran para él el desperdicio de una sociedad muy elevada a la cual él tampoco pertenecía. Él sabía que estaba desactualizado en medicina y en las novedades clínicas pero que para atender a los pobres bastaba. Su sueño era tener

dinero para hacer exactamente lo que quería: nada.

Cuando le dijo que iba a examinarla, ella dijo:

—Oí decir que en el médico la gente se saca la ropa pero yo no pienso sacarme nada.

La pasó por los rayos X y le dijo:

—Usted está con un comienzo de tuberculosis pulmonar.

Ella no sabía si eso era algo bueno o malo. Pero como era una persona muy educada, dijo:

—Muchas gracias, ¿sí?

El médico simplemente se negó a tener piedad. Y agregó: cuando usted no sepa qué comer, hágase unos espaguetis bien italianos.

Y agregó con un mínimo de bondad que se permitió, ya que también consideraba que la suerte no había sido justa con él:

—No es tan caro…

—Ese nombre de comida que usted dijo yo nunca lo comí en mi vida. ¿Es buena?

—¡Claro que sí! ¡Mire sólo mi barriga! Es el resultado de buenas macarronadas y mucha cerveza. Pero evite la cerveza, es mejor no beber alcohol.

Ella repitió cansada:

—¿Alcohol?

—¿Sabe una cosa? ¡Váyase y que la parta un rayo!

Sí, estoy apasionado por Macabea, mi querida Maca, apasionado por su fealdad y anonimato total pues ella, no existe para nadie. Apasionado por sus pulmones frágiles, la flacucha. Quisiera tanto que ella abriese la boca y dijese:

—Estoy sola en el mundo y no creo en nadie; todos mienten, a veces hasta en el momento del amor. Yo no creo que un ser hable con el otro, la verdad sólo me surge cuando estoy sola.

Maca, sin embargo, jamás dijo esas frases. En primer lugar, por ser parca de palabra. Y sucede que no tenía conciencia de sí y no exigía nada, hasta pensaba que era feliz. No se trataba de una idiota pero tenía la felicidad pura de los idiotas. Y tampoco prestaba atención en sí misma: ella no sabía. (Veo que intenté darle a Maca mi propia situación: yo necesito de algunas horas de soledad por día sino «me muero»).

En cuanto a mí, sólo soy verdadero cuando estoy solo. Cuando yo era un niño pensaba que de un momento a otro me caería fuera del mundo. ¿Por qué las nubes no caen, ya que todo cae? Porque la gravedad es menor que la fuerza del aire que las levanta. Inteligente, ¿no? Sí, pero caen un día en forma de lluvia. Es mi venganza.

No le contó nada a Gloria porque de un modo general mentía: tenía vergüenza de la verdad. La mentira era tanto más decente. Creía que la buena educación es

saber mentir. También se mentía a sí misma en sus devaneos inestables por la envidia que le tenía a su compañera de trabajo. Gloria, por ejemplo, era inventiva: Macabea la vio despedirse de Olímpico besándose la punta de sus dedos y arrojando el beso al aire como se suelta un pajarito, algo que a Macabea nunca se le hubiese ocurrido hacer.

(Este relato consta apenas de hechos no elaborados de materia prima y que me afectan inmediatamente antes de que yo pueda pensar. Sé muchas cosas que no puedo decir. Además, ¿pensar qué?).

Gloria, tal vez por remordimiento, le dijo:

—Olímpico es mío pero seguro que vos conseguís otro novio. Digo que él es mío porque fue mi cartomante la que me dijo y yo no quiero desobedecerla porque ella es médium y nunca se equivoca. ¿Por qué no pagás una consulta y le pedís que te tire las cartas?

—¿Es muy caro?

Estoy absolutamente cansado de la literatura; sólo la mudez me hace compañía. Si todavía escribo es porque no tengo nada más que hacer en el mundo mientras espero la muerte. La búsqueda de la palabra en la oscuridad. El hecho diminuto me invade y me arroja en el medio de la calle. Yo querría revolearme en el barro con mi necesidad de bajeza que casi no controlo, la necesidad de orgía y del peor gozo absoluto. El pecado me atrae, lo prohibido me fascina. Quiero ser puerco y gallina y después matarlos y beberles la sangre. Pienso en el sexo de Macabea, minúsculo pero inesperadamente cubierto de gruesos y abundantes pelos negros: su sexo era la única marca vehemente de su existencia.

Ella no pedía nada pero su sexo exigía, como un girasol nacido en una sepultura. En cuanto a mí, estoy cansado. Tal vez de la compañía de Macabea, Gloria y Olímpico. El médico me provocó náuseas con su cerveza. Tengo que interrumpir esta historia por unos tres días.

En estos últimos tres días, solitario, sin personajes, me despersonalizo y me saco de mí como quien se saca la ropa. Me despersonalizo al punto de adormecerme.

Y ahora resurjo y siento la falta de Macabea. Continuemos:

—¿Es muy caro?

—Yo te presto. Inclusive madame Carlota también rompe los hechizos que nos pueden haber hecho. Ella rompió el mío a la medianoche en punto de un viernes trece de agosto, allá para el lado de San Miguel, en un terreno de macumba. Hicieron sangrar encima mío a un chancho negro, siete gallinas blancas y me rasgaron la ropa que ya estaba toda ensangrentada. ¿Te animás?

—No sé si puedo ver sangre.

Tal vez porque la sangre es la cosa secreta de cada uno, la tragedia vivificante. Pero Macabea sólo sabía que no podía ver sangre, el resto lo pensé yo. Me estoy

interesando terriblemente por los hechos: los hechos son piedras duras. No hay cómo huirles. Hechos son palabras dichas por el mundo.

Bien.

Frente a la ayuda repentina, Macabea, que nunca se acordaba de pedir, inventó un dolor de dientes, le pidió una licencia al jefe y aceptó un dinero prestado que ni sabía cuándo iba a poder devolver. Esta audacia le dio un inesperado ánimo para audacias mayores (explosión): como el dinero era prestado, ella razonó equivocadamente que no era de ella y que entonces podía gastarlo. Así, por primera vez en la vida tomó un taxi y fue para Olaria. Sospecho que se aventuró a tanto por desesperación, aunque no supiese que estaba desesperada: estaba en la lona, averiada, con la boca tocando el piso.

No le fue difícil encontrar la dirección de madame Carlota y esa facilidad le pareció una buena señal. El departamento era una planta baja que quedaba en la esquina de un callejón donde entre las piedras del suelo crecía hierba; ella lo notó porque siempre notaba lo que era pequeño e insignificante. Pensó vagamente mientras tocaba el timbre de la puerta: la hierba es tan fácil y tan simple. Tenía pensamientos gratuitos y libres porque, aún en su caos, poseía mucha libertad interior.

La propia madame Carlota la atendió, la miró con naturalidad y le dijo:

—Mi guía ya me había avisado que venías a verme, queridita mía. ¿Cómo es que era tu nombre? ¿Ah, sí? Es muy lindo. Entrá, mi bien. Tengo una cliente en la sala del fondo, esperá aquí. ¿Querés un cafecito, mi florcita?

Macabea se sentó un poco asustada porque le faltaban antecedentes de tanto cariño. Y bebió, con cuidado por su propia vida frágil, el café frío y casi sin azúcar. Mientras hacía esto miraba con admiración y respeto el cuarto en donde estaba. Ahí todo era de lujo. Material de plástico amarillo en las sillas y sofás. Y hasta las flores eran de plástico. El plástico era lo máximo. Estaba boquiabierta.

Finalmente salió del fondo de la casa una muchacha con ojos muy enrojecidos y madame Carlota mandó a hacer entrar a Macabea. (Qué aburrido es lidiar con los hechos, lo cotidiano me aniquila y estoy con pereza de escribir esta historia que es sólo un desahogo. Veo que escribo más acá y más allá de mí y no me responsabilizo por lo que estoy escribiendo ahora).

Continuemos, pues, aunque sea con esfuerzo: madame Carlota era impulsiva, pintaba su boquita rechoncha con un rojo vivaz y se ponía en las mejillas grasosas dos rodajas de rouge brillante. Parecía una muñecota de loza medio rota. (Veo que esta historia no da para ser profundizada. Describir me cansa).

—No tenga miedo de mí, linda cosita. Porque quien está a mi lado, también está, en el mismo instante, junto a Jesús.

Y apuntó hacia el cuadro coloreado donde estaba expuesto, en rojo y dorado, el corazón de Cristo.

—Yo soy fan de Jesús. Soy loca por Él. Él siempre me ayudó. Cuando yo era más joven tenía bastante categoría como para poder llevar una vida fácil de mujer. Y era fácil en serio, gracias a Dios. Después, cuando yo ya no valía mucho en el mercado, Jesús, ni más ni menos, me consiguió el modo de que yo hiciera una sociedad con una colega y abrimos una casa de mujeres. Ahí yo gané dinero y pude comprar este departamentito en la planta baja. Abandoné la casa de mujeres porque era difícil encargarse de tantas jóvenes que lo único que hacían era ver cómo podían robarme. ¿Te interesa lo que digo?

—Me interesa mucho.

—Pues hacés bien, porque yo no miento. También deberías ser fan de Jesús porque el Salvador salva en serio. Mirá, la policía no permite tirar las cartas, creé que yo estoy explotando a los otros, pero como yo les dije, ni la policía consigue desbancar a Jesús. ¿Te diste cuenta que Él hasta me consiguió dinero como para tener muebles de gente fina?

—Sí, señora.

—¿Ah, entonces, vos también creés que es así, no? Por lo que veo sos inteligente, por suerte, porque a mí la inteligencia me salvó.

Mientras hablaba, madame Carlota sacaba de una caja abierta un bombón atrás de otro y se iba llenando su boca pequeña. No le ofreció ni uno a Macabea. Ésta, que, como ya lo dije, tenía tendencia a advertir las cosas pequeñas, observó que dentro de cada bombón mordido había un líquido espeso. No tuvo codicia de ningún bombón pues había aprendido que las cosas son de los otros.

—Yo era pobre, comía mal, no tenía buena ropa. Entonces caí en la vida. Y me gustó porque soy una persona muy cariñosa y tenía cariño por todos los hombres. Además de eso, en el barrio era divertido porque conversábamos mucho entre las compañeritas. Nosotros éramos muy unidas y sólo de vez en cuando yo me agarraba con alguna. Pero eso también era bueno, porque yo era muy fuerte y me gustaba pegar, tirar de los pelos y morder. Hablando de morder, no te podés imaginar qué dientes lindos que tenía; todos blanquitos y brillantes. Pero se arruinaron tanto que hoy uso dentadura postiza. ¿Se nota que son postizos?

—No, señora.

—Mirá, yo era muy limpia y no me agarraba enfermedades malignas. Sólo una vez me pesqué una sífilis pero la penicilina me curó. Yo era más tolerante que las otras porque soy bondadosa y finalmente estaba dando lo que era mío. Tenía un hombre que me gustaba de verdad y que mantenía porque él era fino y no quería desperdiciarse en ningún trabajo. Él era mi lujo y yo hasta lo protegía. Cuando él me daba una paliza yo veía que él gustaba de mí y a mí me gustaba protegerlo. Con él era amor; con los otros, trabajo. Después que él desapareció, yo, para no sufrir, me divertía en amoríos con mujeres. El cariño de la mujer es muy bueno en serio, yo hasta lo aconsejo porque si sos demasiado delicada para soportar la brutalidad

de los hombres y conseguís una mujer vas a ver cómo es placentero, entre mujeres el cariño es mucho más sutil. ¿Vos tenés chances de estar con una mujer?

—No, señora.

—Pero también vos no te cuidás. Quien no se cuida a sí misma se arruina.

¡Ay qué nostalgia del Mangue! Yo agarré el mejor tiempo del Mangue, cuando lo frecuentaban verdaderos caballeros. Además del precio fijo, muchas veces me daban propina. Ahora escuché decir que el Mangue se está acabando, que la zona sólo tiene media docena de casas. En mi época había unas doscientas. Yo me quedaba de pie, recostada en la puerta y vistiendo sólo bragas y corpiño de encajes transparentes. Después, cuando ya me estaba poniendo más gorda y comencé a perder los dientes, es que me volví proxeneta. ¿Sabés lo que quiere decir proxeneta? Yo uso la palabra porque nunca le tuve miedo a las palabras. Hay personas que se asustan con el nombre de las cosas. ¿Vos tenés miedo de las palabras, linda?

—Sí señora, tengo.

—Entonces voy a cuidarme para que no se me escabulla ninguna mala palabra, quedate tranquila. Escuché decir que en el Mangue hay un olor insoportable. En mi época la gente ponía incienso para darle un aire limpio a la casa. Hasta había olor a iglesia. Todo era muy respetuoso y con mucha religión. Cuando yo era mujer-dama ya iba juntando mi dinerito y, claro, dándole un porcentaje a la jefa. De vez en cuando había tiros pero nadie se metía conmigo. Mi florcita, ¿te estoy aburriendo con mi historia? ¿Ah, no?

¿Tenés paciencia como para esperar por las cartas?

—Sí señora, tengo.

Entonces madame Carlota le contó que allá en el Mangue, en su alcoba, había lindos adornos en las paredes.

—¿Sabías que el olor a hombre es bueno? Hace bien a la salud. ¿Ya sentiste olor a hombre?

—No, señora.

Finalmente, después de lamerse los dedos, madame Carlota le ordenó cortar las cartas con la mano izquierda, escuchaste, ¿mi adoradita?

Macabea separó una parte del mazo con la mano trémula: por primera vez iba a tener un destino. Madame Carlota (explosión) era un punto elevado en su existencia. Era el vórtice de su vida y ésta se había arremolinado toda para desembocar en la gran dama cuyo rouge brillante le daba a la piel una lisura de material plástico. La madame de repente abrió mucho los ojos.

—¡Pero, Macabeíta, qué vida horrible la tuya! ¡Que mi amigo Jesús te tenga compasión, hijita! ¡Pero qué horror!

Macabea empalideció: nunca se le había ocurrido que su vida fuera tan mala.

Madame acertó todo sobre su pasado, hasta le dijo que ella apenas había conocido a su padre y a su madre y que había sido criada por una pariente que era

como una madrastra mala. Macabea se asombró con la revelación: hasta ahora siempre había juzgado que lo que la tía le había hecho era educarla para que ella se volviese una muchacha más fina. Madame agregó:

—En cuanto a tu presente, queridita, también está horrible. Perderás el empleo y ya perdiste a tu novio, pobrecita de vos. Si no puedes, no me pagues la consulta, soy una madame de recursos.

Macabea, poco habituada a recibir cosas gratis, rechazó la dádiva aunque su corazón estaba todo agradecido.

Y he aquí que (explosión) de repente sucedió: el rostro de la madame se encendió todo iluminado:

—¡Macabea! ¡Tengo grandes noticias para darte! Prestá atención, mi flor, porque es de la mayor importancia lo que voy a decirte. Algo muy serio y muy alegre: ¡tu vida va a cambiar completamente! Y digo más: ¡va a cambiar a partir del momento en que salgas de mi casa! Te sentirás otra. Podés estar segura, mi florcita, de que hasta tu pareja, que está arrepentido, va a volver para pedirte casamiento. ¡Y tu jefe te va a avisar que lo pensó mejor y que no te va a despedir!

Macabea nunca había tenido el coraje de tener esperanza.

Pero ahora la escuchaba a la madame como si oyese trompetas salidas de los cielos —mientras soportaba una fuerte taquicardia. Madame tenía razón: Jesús, finalmente, se fijaba en ella. Sus ojos estaban bien abiertos por una súbita voracidad de futuro (explosión). Y yo también estoy esperanzado, al fin.

—¡Y hay más! Un dinero grande va entrar en su casa por la puerta en horas de la noche traído por un hombre extranjero. ¿Conocés a algún extranjero?

—No señora —dijo Macabea ya desanimándose.

—Pues lo conocerás. Él es rubio y tiene los ojos azules o verde o castaños o negros. ¡Y si no fuese porque te gusta tu ex-novio, ese gringo sería tu pareja!

¡No!

¡No! ¡No! Ahora estoy viendo otra cosa (explosión) y a pesar de no ver muy claro estoy también oyendo la voz de mi guía: este extranjero parece que se llama Hans, y es él quien se va a casar contigo. Tiene mucho dinero, todos los gringos son ricos. Si no me equivoco, y nunca me equivoco, él te va a dar mucho amor y vos, desprolijita mía, ¡te vestirás con terciopelo y satén y hasta vas a tener un tapado de piel!

Macabea comenzó (explosión) a temblequear toda a causa del lado penoso que hay en la excesiva felicidad. Sólo se le ocurrió decir:

—Pero tapado de piel no es necesario con el calor que hace en Río…

—Pues sólo lo tendrás para engalanarte. Hace tiempo que no tiro cartas tan buenas. Y yo soy siempre sincera: por ejemplo, acabo de tener la franqueza de decirle a esa joven que salió de aquí que ella iba a ser atropellada y se puso a llorar: ¿viste sus ojos enrojecidos? Y ahora te voy a dar un amuleto para que guardes

dentro de este corpiño que casi no tenés senos, pobrecita, bien en contacto con la piel. No tenés busto pero vas a engordar y a tener más cuerpo. Mientras no engordes, ponete dentro del corpiño almohadillas de algodón para fingir que tienes. Mirá, mi queridita, ese amuleto estoy obligada a cobrártelo por Jesús porque todo el dinero que recibo de las cartas lo dono a un orfanato. Pero si no puedes, no me pagues, solamente cuando todo te suceda, puedes venir y pagarme.

—No, yo pago, la señora acertó todo, la señora es…

Estaba como ebria, no sabía lo que pensaba y parecía que le habían dado un fuerte coscorrón en los cabellos ralos. Se sentía tan desorientada como si le hubiese sucedido una infelicidad.

Sobre todo estaba descubriendo por primera vez lo que los otros llaman pasión: estaba apasionada por Hans.

—¿Y qué puedo hacer para tener más cabello? —se atrevió a preguntar, porque ya se sentía otra.

—Estás pretendiendo demasiado. Pero está bien: lavate la cabeza con jabón Aristolino y no uses jabón amarillo en barra. Este consejo no lo cobro.

¿También eso? (explosión) le latió el corazón, ¿también tener más cabello? Se había olvidado de Olímpico y sólo pensaba en el gringo: era tener demasiada suerte conseguir un hombre de ojos azules o verdes o castaños o negros, no había cómo equivocarse, el campo de posibilidades era vasto.

—Y ahora —dijo la madame— puedes irte para tu maravilloso destino. ¡Y sólo porque tengo a otra cliente esperando! ¡Me demoré mucho con vos, mi angelito, pero valió la pena!

En un ímpetu súbito (explosión) de vivo impulso, Macabea, entre feroz y desmañada, le dio un ruidoso beso en el rostro de la madame. Y sintió de nuevo que su vida ya estaba mejorando: pues era bueno besar. Cuando ella era pequeña, como no tenía a quien besar, besaba la pared. Al acariciar, ella se acariciaba a sí misma.

Madame Carlota había acertado en todo. Macabea estaba asombrada. Sólo entonces advirtió que su vida era una miseria. Tuvo ganas de llorar al ver su lado opuesto, ella que hasta entonces, como dije, se juzgaba feliz.

Salió de la casa de la cartomante a los tropiezos y se detuvo en el callejón oscurecido por el crepúsculo; el crepúsculo, que es la hora de nadie. Pero ella estaba con los ojos alucinados como si el último final de la tarde fuese una mancha de sangre y oro casi negro. Tanta riqueza de atmósfera la recibió con la primera mueca de la noche que, sí, sí, era profunda y fastuosa. Macabea se quedó un poco aturdida sin saber si atravesaría la calle pues su vida ya había cambiado. Había cambiado por las palabras —desde Moisés se sabe que la palabra es divina.

Hasta para cruzar la calle ella ya era otra persona. Una persona grávida de futuro. Sentía en sí una esperanza tan violenta como jamás había sentido una desesperación tan grande. Si ella ya no era más ella misma, eso significaba una

pérdida que valía como una ganancia. Así como había sentencia de muerte, la cartomante le había decretado sentencia de vida. Todo de repente era abundante y abundante y tan amplio que sintió ganas de llorar. Pero no lloró: sus ojos resplandecían como el sol que moría.

Entonces, al dar el paso con el que bajaba de la vereda a la calle para atravesarla, el Destino (explosión) le susurró veloz y goloso: ¡es ahora, es ya, llegó mi turno!

Y enorme como un transatlántico el Mercedes amarillo la atropello; y en ese mismo instante, en algún lugar único del mundo, un caballo como respuesta se empinó en una carcajada de relincho.

Al caer, Macabea todavía tuvo tiempo de ver, antes de que el auto se diese a la fuga, que ya comenzaban a cumplirse las predicciones de madame Carlota, pues el auto era muy lujoso. Es una caída de nada, pensó, apenas un empujón. Había golpeado con la cabeza en el borde de la vereda y quedó caída, su cara mansamente vuelta hacia la cuneta. Y de la cabeza un hilo de sangre inesperadamente rojo y sabroso. Lo que quería decir que a pesar de todo ella pertenecía a una resistente raza enana obstinada que un día tal vez reivindique el derecho al grito.

(Yo todavía podría volver atrás de retorno a los minutos previos y recomenzar con alegría en el punto en que Macabea estaba de pie en la vereda, pero no depende de mí decir que el hombre rubio y extranjero la había mirado. Es que fui demasiado lejos y ahora no puedo retroceder. Por suerte por lo menos no hablé ni hablaré de muerte y sí, apenas, de que la atropellaron).

Quedó inerme en un rincón de la calle, tal vez descansando de las emociones y vio entre las piedras del desagüe la rala hierba de un verde de la más tierna esperanza humana. Hoy, pensó ella, hoy es el primer día de mi vida: nací.

(La verdad siempre es un contacto interior inexplicable. La verdad es irreconocible. ¿Por lo tanto no existe? No, para los hombres no existe).

Volviendo a la hierba. Para tal criatura exigua llamada Macabea la gran naturaleza se daba solamente en forma de hierba de cuneta. Si le fuese dado el inmenso mar o los picos altos de las montañas, su alma, más virgen todavía que el cuerpo, se alucinaría y le explotaría el organismo, brazos para acá, intestinos para allá, cabeza rodando redonda y hueca a sus pies como se desmonta un maniquí de cera.

De repente, se prestó un poco de atención a sí misma. ¿Lo que estaba sucediendo era un terremoto secreto? Se había abierto en grietas la tierra de Alagoas. Contemplaba, sólo por contemplar, la hierba. Hierba en la gran Ciudad de Río de Janeiro. En vano. ¿Quién sabe si Macabea ya habría sentido alguna vez que ella también estaba en vano en la ciudad inconquistable? El Destino había elegido para ella un callejón en la oscuridad y una cuneta. ¿Ella sufría? Creo que sí. Como una gallina con el pescuezo mal cortado que corre despavorida goteando sangre.

Sólo que la gallina huye, como se huye del dolor, en cacareos despavoridos. Y Macabea luchaba muda.

Voy hacer lo posible para que ella no muera. Qué ganas de hacerla dormir y de yo también ir para la cama a dormir.

Entonces comenzó levemente la llovizna. Olímpico tenía razón: ella lo único que sabía era llover. Los finos hilos de agua helada de a poco le empapaban la ropa y eso no era confortable.

Pregunto: ¿todas las historias que ya se escribieron en el mundo son historias de amarguras?

Algunas personas aparecieron en el callejón no se sabe de dónde y se agruparon alrededor de Macabea sin hacer nada, así como antes las personas no habían hecho nada por ella, sólo que ahora al menos la espiaban, lo que le daba una existencia.

(¿Pero quién soy yo para censurar a los culpables? Lo peor es que necesito perdonarlos. Es necesario llegar a una nada tal que se ame o no se ame con indiferencia lo criminal que nos mata. Pero no estoy seguro de mí mismo: necesito preguntar, aunque no sepa a quién, si debo incluso amar a aquel que me masacra y preguntar quién de ustedes me masacra. Y mi vida, más fuerte que yo, responde que quiere porque quiere venganza y responde que debo luchar como quien se ahoga, aunque yo muera después. Si así es; que así sea).

¿Macabea entonces va a morir? ¿Cómo puedo saber? Tampoco las personas allí presentes lo sabían. Aunque un vecino, por las dudas, había puesto una vela encendida junto a su cuerpo. El lujo de la fértil llama parecía cantar gloria.

(Escribo sobre lo parco mínimo adornándolo con púrpura, joyas y esplendor. ¿Así se escribe? No; no es acumulando y sí desnudando. Pero tengo miedo de la desnudez, pues ella es la palabra final).

Mientras tanto, Macabea en el piso parecía volverse cada vez más Macabea, como si llegase a sí misma.

¿Esto es un melodrama? Lo que sé es que el melodrama era el ápice de su vida, todas las vidas son un arte y el suyo tendía para el gran llanto inconsolable como lluvia y rayos.

Apareció entonces un hombre delgado de chaleco pulido tocando el violín en la esquina. Debo explicar que a este hombre lo vi una vez al anochecer cuando yo era niño en Recife y el sonido extenuado y agudo subrayaba con una línea dorada el misterio de la calle oscura. Junto al hombre escuálido había una latita de zinc donde hacían un ruido seco las monedas de los que oían con gratitud porque él les sollozaba la vida. Sólo ahora entiendo y sólo ahora brotó en mí el sentido secreto: el violín es un aviso. Sé que cuando yo muera voy a oír el violín del hombre y pediré música, música, música.

Macabea, Ave María, llena eres de gracia, tierra serena de promisión, tierra del

perdón, tiene que llegar el tiempo, ora pro nobis, y yo me uso como forma de conocimiento. Yo te conozco hasta la médula por intermedio de un encantamiento que viene de mí hacia vos. Nos desparramamos salvajemente y, así y todo, detrás de las cosas late una geometría inflexible. Macabea recordó los muelles del puerto. El muelle llegaba al corazón de su vida.

¿Macabea pedir perdón? Porque siempre se pide. ¿Por qué? Respuesta: es así porque así es. ¿Siempre fue? Siempre será. ¿Y si no fue? Pero yo estoy diciendo que es. Así es.

Se veía perfectamente que estaba viva por el pestañear constante de sus ojos grandes, por el pecho magro que se levantaba y bajaba en una respiración tal vez difícil. ¿Pero quién sabe si ella no estaría necesitando morir? Pues hay momentos en los que la persona está necesitando de una pequeña muertecita sin ni siquiera saberlo. En cuanto a mí, sustituyo el acto de la muerte por un símbolo suyo. Símbolo éste que se puede resumir en un profundo beso pero no en la pared áspera y sí boca a boca en la agonía del placer que es la muerte. Yo, que simbólicamente muero varias veces sólo para experimentar la resurrección.

Descubro con alegría que todavía no llegó la hora de estrella de cine en la que Macabea muera. Por lo menos todavía no consigo adivinar si algo sucede con el hombre rubio y extranjero. Recen por ella y que todos interrumpan lo que están haciendo para insuflarle vida, pues Macabea está por ahora librada al azar como la puerta que se balancea al viento en el infinito. Yo podría resolverlo por el camino más fácil, matar a la niña-infante, pero quiero lo peor: la vida. Los que me lean, así, se llevarían un puñetazo en el estómago para ver si es bueno. La vida es un puñetazo en el estómago.

Mientras tanto Macabea no pasaba de un vago sentimiento en las baldosas sucias. Podría dejarla en la calle y simplemente no terminar la historia. Pero no: iré hasta donde el aire termina, iré hasta donde el gran vendaval se libera aullando, iré hasta donde el vacío hace una curva, iré hasta donde me lleve mi aliento. ¿Mi aliento me lleva a Dios? Estoy tan purificado que no sé nada. Sólo sé una cosa: no necesito tener piedad de Dios. ¿O necesito?

Tan viva estaba que se movió lentamente y acomodó su cuerpo en posición fetal. Grotesca como siempre había sido. Aquella resistencia a ceder y también aquellas ansias del gran abrazo. Ella se abrazaba a sí misma con deseos de un gran abrazo. Ella se abrazaba a sí misma con deseos de una dulce nada. Era una maldita y no lo sabía. Se agarraba a una hilacha de conciencia y se repetía mentalmente sin cesar: yo soy, yo soy, yo soy. Quién era es lo que no sabía. Fue a buscar en el propio, profundo y negro centro de sí misma el soplo de vida que Dios nos da.

Entonces, allí acostada, tuvo una húmeda felicidad suprema, pues ella había nacido para el abrazo de la muerte. La muerte que es, en esta historia, mi personaje favorito. ¿Iría ella a darse el adiós a sí misma? Creo que ella no va a morir porque

tiene muchas ganas de vivir. Y había cierta sensualidad en el modo en cómo se había encogido. ¿O es porque la pre-muerte se parece al intenso deseo sensual? Es que su rostro recordaba un gesto de deseo. Las cosas son siempre vísperas del morir, perdónenme por recordarles porque en cuanto a mí, no me perdono la clarividencia.

Un gusto suave, que da escalofríos, gélido y agudo como en el amor. ¿Ésta es la gracia que ustedes llaman Dios? ¿Sí? Si fuese a morir, pasaría en la muerte de virgen a mujer. No, no era la muerte pues no la quiero para la muchacha: sólo la habían atropellado lo que no significaba ni siquiera un desastre. Su esfuerzo por vivir parecía algo que, si nunca había experimentado, virgen que era, al menos había intuido pues sólo ahora entendía que mujer nace mujer desde el primer vagido. El destino de una mujer es ser mujer. Había intuido el instante casi dolorido y resplandeciente del desmayo de amor. Sí, doloroso reflorecer tan difícil que ella emplea en él el cuerpo y esa otra cosa que ustedes llaman alma y que yo llamo, ¿cómo?

Ahí Macabea dijo una frase que ninguno de los transeúntes entendió. Lo dijo con buena pronunciación y claramente:

—En cuanto al futuro.

¿Habrá tenido nostalgias del futuro? Oigo la música antigua de palabras y palabras, sí, es así. En esta hora exacta Macabea sintió unas profundas náuseas en el estómago y casi vomitó, quería vomitar lo que no es cuerpo, vomitar algo luminoso. Estrella de mil puntas.

¿Qué es lo que estoy viendo ahora que me asusta? Veo que ella vomitó un poco de sangre, vasto espasmo, en fin, lo medular tocando lo medular: ¡victoria!

Y entonces —entonces el súbito grito estertóreo de una gaviota, de repente el águila voraz irguiendo hacia los aires elevados a una tierna oveja, el gato suave despedazando a cualquier ratón inmundo: la vida se come a la vida.

¡¿También tú, Bruto?!

Sí, fue éste el modo como yo quise anunciar que… que Macabea murió. Venció el Príncipe de las Tinieblas. Finalmente, la coronación.

¿Cuál fue la verdad de mi Maca? Basta descubrir la verdad para que ella enseguida ya no lo sea más: pasó el momento. Pregunto: ¿existe la verdad? Respuesta: no.

Pero que no se lamenten los muertos: ellos saben lo que hacen. Estuve en la tierra de los muertos y después del terror tan negro reviví en el perdón. ¡Soy inocente! ¡No me consuman! ¡No soy vendible! Ay de mí, todo en la perdición y es como si la gran culpa fuese mía. Quiero que me laven las manos y los pies y después-después que los unten con óleos santos de mucho perfume. Ah qué deseo de alegría. Estoy ahora esforzándome para reír en una gran carcajada. Pero no sé por qué no me río. La muerte es un encuentro con uno mismo. Acostada y muerta, era

tan grande como un caballo muerto. El mejor negocio es todavía el siguiente: no morir, pues morir es insuficiente, a mí, que tanto lo necesito, no me completa.

Macabea me mató.

Ella estaba finalmente libre de sí y de nosotros. No se asusten, morir es un instante, pasa enseguida, lo sé porque acabo de morir con la muchacha. Discúlpenme esta muerte. Es que no pude evitarla, la gente acepta todo porque ya besó la pared. Pero he aquí que, de repente, siento mi último gesto de rebelión y aúllo: ¡¡¡los palomos son mortales!!! Vivir es un lujo.

Listo, pasó.

Muerta, las campanas repicaban pero sin que sus bronces sonaran. Ahora entiendo esta historia. Ella es la inminencia que hay en las campanas que casi-casi repican.

La grandeza de cada uno. Silencio.

Si un día Dios viene a la tierra habrá un silencio enorme.

El silencio es tal que ni el pensamiento piensa.

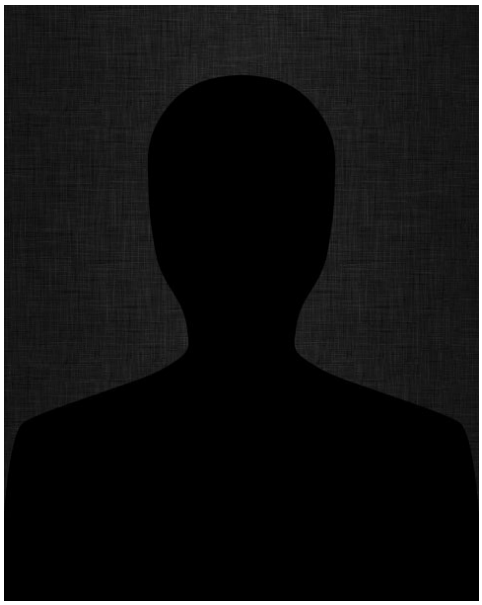
¿El final fue demasiado grandilocuente para las necesidades de ustedes? Al morir, ella se volvió aire. ¿Aire enérgico? No lo sé. Murió en un instante. El instante es aquel momento de tiempo en que el neumático del auto corriendo a alta velocidad toca el suelo, después no toca y después vuelve a tocar. Etc., etc., etc. En el fondo ella no había pasado de ser una cajita de música medio desafinada.

Yo les pregunto:

—¿Cuál es el peso de la luz?

Y ahora, ahora sólo me queda prender un cigarrillo e irme a casa. Dios mío, sólo ahora me acordé de que la gente muere. Pero ¡¿pero yo también?!

No olvidar que, mientras tanto, es tiempo de frutillas. Sí.



CLARICE LISPECTOR (Chechelnyk, Ucrania 10 de diciembre de 1920 - Río de Janeiro, 9 de diciembre de 1977). Fue una escritora brasileña, nacida en Ucrania. Cuando era pequeña, se trasladó con su familia a Recife.

Después se instaló en Río de Janeiro, donde estudió derecho. Su primera novela, escrita a los 24 años, «Cerca del corazón salvaje» (1944) la hizo merecedora del premio Graça Aranha. Después de publicar «La manzana en la oscuridad» (1961), despertó el interés de la crítica literaria, que la situó, junto con João Guimarães Rosa, en el centro de la ficción de vanguardia.

En su obra se descubre un uso intenso de la metáfora, atmósfera íntima y ruptura con la peripecia basada en hechos, principalmente en «La pasión según G. H.» (1964) y «Aprendizaje o el libro de los placeres» (1969).

En el contexto de la nueva literatura brasileña, su obra se destaca por la exaltación de la vivencia interior y por el salto de lo psicológico a lo metafísico. En el plano ontológico, se produce el encuentro entre una conciencia y un cuerpo, en estado de materialidad neutra. En su narración pueden identificarse varias crisis: crisis del personaje-ego, resuelta no a través del intimismo, sino en la búsqueda consciente de lo supraindividual; crisis de la narración, a través de un estilo inquisitivo; crisis de la función documental de la prosa novelesca.

Parte del presupuesto de que toda obra es novela de educación existencial.

De su vasta producción literaria, desde «La ciudad sitiada» (1949) hasta «La bella y la bestia» (1979), merecen recordarse los cuentos «Lazos de familia» (1960, traducidos al español por Cristina Peri Rossi en 1988), «La legión extranjera» (1964), y las novelas «La imitación de la rosa» (1973), «Agua viva» (1977), «La hora de la estrella» (1977) y «Un soplo de vida» (póstuma, 1978). Murió en Río de

Janeiro.